

**LOS MIL FORAJIDOS DE ANTIOQUIA Y LOS MOHANES
DE EBÉXICO**

POR

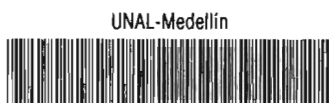


LUIS MIGUEL CORDOBA OCHOA

**TRABAJO DE PROMOCION A LA CATEGORIA
DE PROFESOR ASOCIADO**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y ECONOMICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
SEDE MEDELLIN**

2001



6 4000 00149075 7

I
936.102
C67

INTRODUCCIÓN

Antiguos relatos, viejos como dioses en fuga, y tejidos en un castellano salpicado con los vocablos creados por los indígenas del Nuevo Mundo a lo largo de miles de años para nombrar y explicar la inagotable diversidad de estas tierras, esperan en las páginas de Juan de Castellanos y de otros cronistas. El sentido de algunas de estas historias es elusivo porque después de cinco siglos lo que debía ser obvio para los contemporáneos de los cronistas no lo es para nosotros. Sin embargo, algunas de las ideas y juicios que ellos se formaron sobre los nativos de las Indias son como los *viracochas* –muertos vivientes- y aun laten bajo las mascararas con las que se cubren los nuevos jinetes del Apocalipsis.

Los textos de los cronistas recogieron innumerables historias que los conquistadores y sus descendientes narraban, inventaban, alteraban y transformaban de una generación a otra. En cada tarde en la que hombres y mujeres que se identificaban con la cultura hispánica conversaban sobre los hechos de la conquista afianzaban su visión del mundo y subrayaban las diferencias que debían separarlos de los grupos indígenas que los alimentaban. Si bien es necesario conocer cómo surgieron las caracterizaciones negativas con las cuales se identificó a los indígenas, tal vez es más importante entender los efectos que dichos prejuicios tuvieron en la vida cotidiana del período colonial y las formas como dichas ideas nos siguen afectando.

El propósito del siguiente texto es simple. Al querer indagar sobre las relaciones de convivencia cotidiana entre los diferentes grupos étnicos que habitaban en la ciudad de Antioquia y en los pueblos de indios que la servían en la primera mitad del siglo XVII noté que mi comprensión de la retórica que desplegaban los españoles, los indígenas, los esclavos y los individuos de las castas, era limitada. Por ejemplo, los argumentos que los vecinos que se identificaban como blancos, y que con frecuencia eran pobres vergonzantes, esgrimían en sus peticiones de encomiendas a los funcionarios del rey, parecían remitir a un núcleo común, a historias conocidas por todos y que, por lo mismo, no era necesario explicitar por completo. No dudo que estas personas participaban de unos elementos culturales que también compartían sus contemporáneos en Arequipa, en Asunción, o en Puebla. Sin embargo, la historia inmediata de la región, su condición de zona de frontera, y la arraigada certeza de estar habitando en tierras cuyos primeros pobladores practicaban la antropofagia, parece haber dejado una impronta distintiva en la forma como se dio el juego de relaciones entre los vecinos blancos, o que creían serlo, y los grupos dependientes.

Al tratar de aclarar algunas de estas claves consideré necesario indagar cómo fue que Castellanos entendió la historia de la región. Él, gracias al acopio de una información excepcional proporcionada por sus contertulios en la ciudad de Tunja, escribió la primera historia de la gobernación de Antioquia. Pero esta valiosa obra sólo recogía una pequeña parte de las numerosas historias que animaban las veladas en los hogares de los vecinos de la región. Ahora bien, dichas conversaciones, hilvanadas por recuerdos veraces y por narraciones apócrifas, cumplían la función de atribuir un sentido y un significado al presente. Estas historias no sólo entretenían sino que cumplían una función pedagógica. Cada pequeño relato contenía su moral y reforzaba los prejuicios europeos.

Sin duda la historia de la gobernación tuvo sentidos diferentes si consideramos la condición de los individuos que la rememoraban. Creo que para hombres como el mestizo Alonso de Rodas las campañas en las que acompañó a su padre eran la prueba evidente de que la región debía ser controlada por hombres como él, a quienes el tesón en las jornadas de conquista les otorgó la preeminencia que no les había dado su nacimiento. Pero al lado de estos mestizos que desafiaban a los funcionarios de pulida letra, estaban vecinos que hacían de su limpieza de sangre la mejor prenda para apoyar sus peticiones a la corona. Y, desde luego, aunque menos audibles, tenemos las voces de los indígenas al servicio de los españoles, y que conocían bien lo cerca que estuvieron sus antepasados de frustrar por décadas la ocupación de los invasores.

Así, antes de entrar a estudiar las complejas relaciones sociales que se formaron en Antioquia y en sus áreas circundantes consideré necesario aclarar, en la medida de mis limitaciones, cuál fue el origen de algunos de los supuestos que parecían regular las tensas relaciones entre los diferentes grupos étnicos que coexistían en la región.

Agradezco al historiador Gregorio Saldarriaga la revisión final del texto. Además debo señalar que las siguientes páginas son fruto de las estimulantes conversaciones que he sostenido con los estudiantes y amigos de la Carrera de Historia en torno a las trágicas y azarosas vidas de los antiguos seguidores de Sobze y de sus rivales hispánicos.

Los vivos son sepultura de los muertos

En 1612 el gobernador de la isla Margarita, Bernardo Vargas Machuca, terminó de escribir una obra con la cual pretendía refutar las acusaciones que el obispo Las Casas lanzó en 1552 contra los conquistadores en su *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*. El título del texto de Vargas Machuca, *Apologías y Discursos de las Conquistas Occidentales*, precisaba su carácter polémico. Pero el propósito del autor además de anacrónico era inútil porque los macabros relatos del obispo de Chiapas sobre los brutales procedimientos empleados por los conquistadores para someter y castigar a la población nativa de las Indias ya eran parte esencial de la visión europea sobre la obra de España en América. De otro lado, las *Apologías* sólo se publicaron parcialmente en 1879.

Vargas argumentó que sus años como soldado en el Nuevo Reino, en Panamá y como gobernador de la isla Margarita le daban autoridad para afirmar que el libro de Las Casas era una suma de tergiversaciones inspiradas en el fanatismo. Asimismo, explicó que el jurista Ginés de Sepúlveda polemizó con Las Casas en el campo del Derecho, pero no pudo escribir con detalle sobre los hechos de la conquista por no haber estado en las Indias. Él, por el contrario, había pasado la mitad de su vida en el Nuevo Mundo. Con base en dicha experiencia esperaba demostrar que la obra del dominico no tenía fundamento histórico, pues consideraba que el obispo estaba “lleno de pasión” y que por ello escribió “tantas relaciones siniestras”¹

¹ Bernardo de Vargas Machuca, *Apologías y Discursos de las Conquistas Occidentales*. (1612) Edición y estudio preliminar de María Luisa Martínez de Salinas Alonso. Junta de Castilla y León: Consejería de Cultura y Turismo, 1993, p. 113; Los relatos de los cronistas sirvieron de base para los impresionantes grabados en los que Teodoro de Bry representó el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo. Las

El texto de Vargas Machuca, así como su obra más conocida, *Milicia Indiana*, fue el resultado de su experiencia directa en las Indias y no se originó, como fue el caso del tratado de Ginés de Sepúlveda, en eruditos razonamientos filosóficos y jurídicos que se apoyaban en Aristóteles y en la idea de Sepúlveda de que solamente los hombres doctos podían determinar lo justo.² La visión de los indígenas como salvajes apareció casi con el descubrimiento y se convirtió en un arquetipo que se utilizó para darle legitimidad a la conquista. La violencia que practicaron los españoles con la población del Continente fue justificada por razones políticas y religiosas, y las contradictorias leyes expedidas en el siglo XVI fueron el resultado del éxito o del fracaso de los conquistadores para hacer sentir sus voces en el Consejo de Indias. Aunque la polémica de Valladolid se resolvió a favor de Las Casas, la aplicación de las Nuevas Leyes encontró una feroz resistencia, que en el caso del Perú llevó al asesinato del virrey Blasco Núñez Vela a manos de los soldados dirigidos por Gonzalo Pizarro. Los primeros conquistadores se sentían engañados por una corona que en el pasado los había estimulado sin reato para librar una guerra a muerte contra las poblaciones que no se sometieran.³ Por ejemplo, en una ley expedida en 1526 el

poderosas imágenes que recreaban los abusos de los españoles fueron tan importantes en el nacimiento de la Leyenda Negra como la *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*, de Las Casas. En el prólogo de las *Apologías* Vargas Machuca escribió que él vio algunas de las láminas en que los “hugonotos” realizaron con base en la *Brevísima*; Teodoro de Bry, *América (1590-1634)*. Edición a cargo de Gereon Sievernich. Madrid: Siruela, 1994. (3ª edición)

² Las Casas impidió que Sepúlveda publicara el *Democrates Alter* (circa 1547), aunque sí circularon copias manuscritas entre los juristas y teólogos españoles. La primera edición de la obra se publicó en 1892; Juan Ginés de Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

³ Patricia Seed señaló que una diferencia fundamental de la conquista española con las que desarrollaron ingleses, portugueses, franceses y holandeses fue la exigencia de los españoles para que los nativos reconocieran la superioridad del catolicismo. Al hacerlo, los peninsulares estarían reproduciendo de manera inconsciente los procedimientos de la guerra religiosa de los musulmanes. Particularmente el *Requerimiento* de Palacios Rubios (1512) es una versión católica del texto que los musulmanes malaquies leían formalmente a las poblaciones enemigas antes de emprender la Jihad; Patricia Seed, *Ceremonies of possession in Europe's conquest of the New World. 1492-1640*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998, pp. 69-99.

Emperador permitió que a los nativos que aun resistían a los españoles en Cuba se les hiciera “la guerra como contra vasallos nuestros que están alzados contra nuestro servicio y fidelidad, para que cualesquier persona los puedan matar y prender y hacer todo el mal y daño que quisieren, sin por ello caer ni incurrir en pena alguna...”. En realidad en esta ley y en otras similares se hacía explícita la amenaza de guerra a muerte con la que finalizaba el *Requerimiento* preparado por Juan de Palacios Rubio a instancias de la corona en 1512 tras las denuncias del dominico Montesinos contra los encomenderos de La Española en diciembre de 1511⁴

La gran diversidad entre las sociedades del Nuevo Mundo dio origen a una amplia gama de actitudes europeas sobre la forma más conveniente de dominarlas. La experiencia de la etapa caribeña, durante la cual las poblaciones de las islas o de Tierra Firme se sostenían con base en los rescates, en las cabalgadas y en la esclavitud de los nativos, no fue viable en México. El hallazgo de los mesoamericanos modificó las ideas que los españoles tenían acerca de la naturaleza de los indígenas pues antes de 1519 no observaron grandes civilizaciones en el Nuevo Mundo. Las ciudades del altiplano mexicano dejaron atónitos a los conquistadores. Sin embargo, Cortes, los cronistas y los soldados que escribieron sobre México advirtieron que estas magníficas urbes servían de escenario a los banquetes de víctimas humanas exigidas por dioses sangrientos. Aun así, las grandes realizaciones de la confederación Azteca o del Tahuantinsuyu eran innegables y los misioneros como Sahagún observaron que allí la antropofagia tenía un complejo sentido ritual asociado a prácticas religiosas y estatales que sometía a prueba la idea de interpretarla como expresión de una

⁴ Richard Konezke, *Colección de Documentos para la Historia de la Formación Social de Hispanoamérica. Volumen 1 (1493-1592)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953, p. 84.

cultura bárbara. Al comparar a Huitzilapochtli con Hércules, a Tezcatlipoca con Júpiter o a Chalchiuicuitle con Juno, Sahagún elevó la confederación azteca al nivel de las culturas de la Antigüedad y le reclamó al mundo europeo que examinara su sangriento pasado. Afirmó que el canibalismo era el resultado del poder hegemónico que el demonio tenía entre los indígenas y que si en los años en que él escribía su monumental obra se consideraba a los mexicas como salvajes era porque la conquista española había destruido los inestimables logros de esta civilización convirtiendo a los sobrevivientes en sombras de sus antepasados.⁵ La impresionante presencia de los rituales religiosos en la vida de las sociedades Mesoamericanas llevó a Sahagún y a otros franciscanos a suponer que una vez desterrada la idolatría los indígenas seguirían la fe de los españoles con el mismo ardor con que adoraban a sus antiguos dioses. Como San Pablo, creía que “Abundará la *gratia* adonde abundó el *delicto*”.⁶

Pero en amplias zonas del Caribe y del Nuevo Reino en las que los cronistas afirmaban que se practicaba el canibalismo, éste no fue relacionado con elaborados rituales religiosos sino que se vio como el resultado de una violencia ciega y abyecta. Aunque los cronistas también atribuyeron esta práctica a la prolongada presencia del Señor de Las Tinieblas en el Nuevo Mundo, parece que ni siquiera consideraron la idea comparar a los nativos del Nuevo Reino con los griegos o con los romanos.⁷

⁵ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 1. Madrid: Alianza Universidad, 1988, pp. 31-41.

⁶ *Ibid.*, p. 34

⁷ Luis Gonzalo Jaramillo, “Guerra y canibalismo en el valle del río Cauca en la época de la conquista española.” En *Revista Colombiana de Antropología*. Volumen XXXII, Bogotá, 1995. En este artículo Jaramillo revisa las investigaciones sobre el canibalismo y las principales teorías sobre su origen en la región. Duda que éste se pueda explicar como una respuesta a la falta de proteínas, pues los cronistas señalaron la abundancia de recursos proporcionados por la pesca y la caza. También indica que el estado de guerra entre las comunidades que describieron las crónicas pudo ser causado por la presencia española y por la mayor

Vargas Machuca estuvo de acuerdo con Ginés de Sepúlveda en que la guerra contra los indígenas era justa. En el pasado cronistas como Cieza admitieron, y aun condenaron con franqueza, los abusos de los españoles al explicar la disminución de los nativos, pero Vargas justificó plenamente tales actos y enfatizó que una causa más importante de su desaparición fueron las guerras que libraron entre ellos. Este no fue un argumento nuevo, pues ya Cieza, entre otros, lo usó cuando se refirió a la vertiginosa disminución de la población de Armas, Picaras, Carrapas, Paucuras y Pozos. La obvia ventaja de esta explicación era que exoneraba de culpa a los españoles.⁸

Al identificar a los indígenas como agentes de Satanás y al demonizar sus creencias religiosas algunos cronistas españoles presentaron los hechos de la Conquista como una guerra religiosa.⁹ Por ejemplo en el mapa del Nuevo Reino y del curso del Magdalena que Juan de Castellanos encargó para ilustrar las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, el pintor, Juan Nieto, no olvidó señalar el importante papel que Castellanos le asignaba al demonio en su obra.¹⁰ A primera vista cuesta trabajo identificar en esta abigarrada pintura

presión que ellos originaron sobre los alimentos. Asimismo subraya la necesidad de investigaciones arqueológicas para confrontar las informaciones del siglo XVI.

⁸ El carmelita Antonio Vázquez de Espinosa, infatigable viajero y profundo conocedor del Nuevo Mundo utilizó la misma explicación al referirse a los indígenas de Caramanta. Escribía Vázquez: “los indios de esta comarca eran muy vestiales, comiéndose vnos a otros, que a sido causa, que al presente hay pocos indios”; Antonio Vázquez de Espinosa, *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*. [1629]. Washington: Smithsonian Institution, 1948, p. 333.

⁹ Acerca del proceso de demonización de las divinidades del Nuevo Mundo véase: Fernando Cervantes, *El diablo en el Nuevo Mundo. El impacto del diabolismo a través de la colonización de Hispanoamérica*. Barcelona: Herder, 1996.

¹⁰ Juan de Castellanos, *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Gerardo Rivas Moreno, Editor. Cali: Fundación FICA, 1997; La obra de Juan de Castellanos ha sido cuidadosamente analizada por el profesor de la Universidad de Arkansas Luis Fernando Restrepo. A partir de los postulados de la semiótica postestructuralista, según la cual el lenguaje no sólo refleja la realidad sino que la crea, Restrepo propone superar la vieja discusión acerca de cuál es el contenido factual de la obra y cuál el literario, para estudiarla integralmente como un texto que relata la conquista y en el cual Castellanos utilizó una amplia gama de recursos retóricos para relegitimar el poder de los encomenderos; Luis Fernando Restrepo, *Un Nuevo Reino*

el territorio que nos hemos acostumbrado a ver en mapas modernos: ríos enormes encierran estrechas franjas de terreno en las que hay una treintena de poblaciones españolas. La presencia de las cordilleras es destacada por un verde oscuro que resulta particularmente fuerte en la cordillera occidental y en la central. Una nao frente a Cartagena y un monstruoso cetáceo en la ensenada de Acla nos advierten que los ríos y la tierra firme han dado paso al mar. En el centro de la pintura una flor de Lis señala el norte. Un poco mas abajo el pintor representó con lenguas rojizas que salen de la cordillera central una violenta explosión del Nevado del Ruiz. Y arriba, en el ángulo izquierdo, aparece de nuevo el rojo: se trata de un enorme diablo con una enorme cola que corre sobre Urabá con los brazos extendidos tal como si fuera a atrapar una víctima invisible.¹¹

El mapa, elaborado tras cinco décadas de ocupación española en el Nuevo Reino, recuerda una idea común entre los primeros cronistas: el dominio que transitoriamente parecía haber adquirido Satanás en las Indias era innegable.¹² Por ejemplo, cuando Vargas Machuca describió la guerra en el alto Magdalena escribió que “quien considerase las quemas de las iglesias, las muertes de españoles con tan extraños modos de crueldades que el indio buscaba, no se debería espantar de que los nuestros usaran de rigurosos y extraordinarios castigos en gentes tan malvadas y carniceras...”¹³

Imaginado. Las Elegias de Varones Ilustres de Indias de Juan de Castellanos. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1999, pp. 14-15.

¹¹ El mapa se encuentra reproducido en: Eduardo Acevedo Latorre, *Atlas de Mapas Antiguos de Colombia. Siglos XVI a XIX.* Bogotá: Litografía Arco, 1997 (cuarta edición), p. 49.

¹² Luis Fernando Restrepo confirma el nombre del pintor del mapa y analiza dicha pintura como un texto polisémico en el cual se exageraba la presencia española en el territorio y soslayaba la existencia de comunidades indígenas no sometidas; Luis Fernando Restrepo, op. cit., pp. 197-203.

¹³ Vargas Machuca, op.cit., p. 119

En síntesis, Vargas anotó que los españoles no fueron responsables de la reducción de la población indígena y advirtió que, a diferencia de lo ocurrido en Nueva España y en el Perú, en el Nuevo Reino la guerra se prolongaría por muchos años pues algunas comunidades, como los Pijao, persistían en su idolatría y en sus costumbres pese a los reiterados intentos de los españoles para someterlos. Con el paso de los años la guerra de exterminio que se libró contra éstos le daría actualidad al irónico comentario de Gonzalo Fernández de Oviedo cuando se refirió a la extinción de los Tainos: “Ya se desterró Satanás desta isla; ya cesó todo con cesar y acabarse la vida a los mas de los indios, y porque los que quedan dellos son ya muy pocos y en servicio de cristianos o en su amistad”¹⁴

Al explicar la superioridad de los españoles sobre los nativos Vargas atribuyó un sentido providencial a las pestes que azotaron a los nativos y que poco efecto tuvieron sobre los europeos.¹⁵ Él narró que estas enfermedades, como la viruela, eran tan letales que

“suele(n) barrer muy gran número, y son tan ordinarias que no hay lugar que se escape, sólo los españoles naturales de España son los que se libran dellas, que aun en esto quiere Dios mostrar que sirve más de que estén pobladas aquellas partes de españoles que de los mismos naturales, porque

¹⁴ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*. Edición y Estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso. Madrid: Ediciones Atlas, 1992. Tomo I, libro V, cap. III, p. 124

¹⁵ Sobre las enfermedades europeas en el Nuevo Mundo véase: Noble David Cook and W. George Lovell. (editors), “*Secret Judgments of God*” *Old World Disease in Colonial Spanish America*. Norman: University of Oklahoma Press, 1992; Noble David Cook, “Epidemias y dinámica demográfica” en: **Historia General de América Latina. II. El primer contacto y la formación de nuevas sociedades**. Director del volumen, Franklin Pease. Ediciones UNESCO / Editorial TROTTA, 2000; Noble David Cook, “El impacto de las enfermedades en el mundo andino del siglo XVI.” En *Histórica*. Volumen XXIII, N° 2. Diciembre 1999. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

acontece morir un millón de indios en todos los tres reinos con una enfermedad general que viene y no cincuenta españoles.”¹⁶

En comparación con México o con Perú, a comienzos del siglo XVII extensas zonas de la Audiencia del Nuevo Reino continuaban en un estado de guerra, como lo comprobaron los españoles que vivían en la gobernación de Antioquia o que debían desplazarse con graves riesgos entre las ciudades de Santafé y Popayán. En ese sentido, eran mayores las semejanzas de dichos territorios con otras zonas de frontera como Chile, Nuevo México o Paraguay que con los centros virreinales. Desde un punto de vista práctico, la idea de Vargas Machuca -era indispensable la fuerza para dominar a la población indígena- dominó la cultura política de los españoles en el Nuevo Reino. Aunque la corona suplantó desde 1573 la palabra *conquista* por *pacificación*, este último término tenía un matiz engañoso pues fue utilizado para designar las campañas de exterminio de etnias que conservaron su independencia.

Las primeras experiencias españolas con las comunidades del río Magdalena o del Cauca dejaron en claro que el proyecto de dominarlas para convertirlas en pacíficas poblaciones de tributarios era una ilusión y que no parecía factible poner en práctica modelos de control como el que se creó en la sabana de Bogotá. ¿Una sociedad de pacíficos tributarios en torno a Timaná? Allí la resistencia indígena fue exitosa hasta que en la segunda década del siglo XVII el presidente Juan de Borja dirigió las campañas contra los Pijao.¹⁷

¹⁶ Vargas Machuca, op. cit., p. 89.

¹⁷ Ver la descripción que el propio Juan de Borja hizo de estas campañas en: Hermes Tovar Pinzón, *Relaciones y Visitas a los Andes. S. XVI. Tomo IV. Región del Alto Magdalena*. Bogotá: Colcultura-Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1995, pp. 465-498.

Al describir las costumbres de las comunidades que poblaban las orillas del Cauca los primeros cronistas, o caudillos como Belalcázar y Robledo, informaron que algunas eran tribus sin caciques ni señores. Al identificarlas como *behetrias* –un término que designaba la organización política fragmentada de las tribus del norte de Africa-, se enfatizaba su diferencia con los indígenas del Perú o con los muiscas. Cuando Cieza buscó aclarar las razones de la independencia y autonomía de los indígenas del valle del río Cauca escribió que la fertilidad y la riqueza de la tierra les permitían huir de los españoles y obtener con facilidad alimentos en cañaverales y arcabucos. En cambio, los indios del Perú,

“sirven bien y son domables, porque tienen más razón que éstos y porque todos fueron sujetos por los reyes incas, a los cuales dieron tributo, sirviéndolos siempre, y con aquella condición nacían; y si no lo querían hacer la necesidad los constreñía a ello; porque la tierra del Perú toda es despoblada, llena de montañas y sierras y campos nevados. Y si se salían de sus valles a estos desiertos no podían vivir, ni la tierra da fruto ni hay otro lugar que lo dé que los mismos valles y provincias suyas...”¹⁸

Así, el cronista presentó una antinomia en la que la inteligencia, la mansedumbre, la obediencia y la vida civilizada de los incas se oponían a la barbarie, la rebeldía, la

¹⁸ Sobre los indígenas de Popayán, Cieza escribió, “han sido siempre, y lo son, behetrias. No hubo entre ellos señores que se hiciesen temer. Son flojos, perezosos, y sobre todo, aborrecen el servir y estar sujetos, que es causa bastante para que recelasen de estar debajo de gente extraña”; Pedro de Cieza de León, *Obras Completas. I. La Crónica del Perú. Las Guerras Civiles Peruanas*. Edición crítica. Notas, comentarios e Índices, Estudios y documentos adicionales por Carmelo Saenz de Santa María. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas – Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. 1984, p. 23

independencia y el fraccionamiento político con que caracterizó a los indígenas de la gobernación de Popayán.

En el caso de estas poblaciones la renuencia de los cronistas a definir las como verdaderas *naciones*, tal como se podría hacer con los incas, y la imposibilidad de fijar con certeza las características específicas que diferenciaban unas de otras facilitó que finalmente fueran identificadas por las costumbres que más impresionaron a los españoles, como la antropofagia. Así los relatos sobre las incursiones españolas en la cinta que forma el Cauca pueden resultar decepcionantes si se pretende encontrar en ellos una descripción pormenorizada de los rasgos que identificarían a cada etnia. Es evidente, por ejemplo, la dificultad de Castellanos para señalar las diferencias entre Peques y Ebéjicos.¹⁹

Parecía imposible separar a estas comunidades de sus creencias y de sus prácticas. Robledo, su criado Cieza, y Belalcázar, narraron con llaneza que las tribus que sometieron y que les sirvieron al avanzar hacia el norte de Cartago consumían prácticamente crudos a los vencidos. Veraces o no, el recuerdo de dichas historias, de muertes como la de Añasco, y de las desastrosas expediciones españolas que se consumieron en el Magdalena o en el Chocó, alimentaron los prejuicios y la visión estigmatizada que los peninsulares tenían

¹⁹ Guillaume Boccara estudió recientemente los complejos procesos de etnogénesis y de etnificación en el periodo colonial y republicano en las zonas de frontera; “De modo general, podemos decir que la preocupación de los conquistadores y colonizadores ha sido siempre la de determinar la existencia de «naciones» (periodo colonial) o de «etnias» (periodo republicano) indígenas. Preocupación que encuentra su origen en la explícita voluntad de las autoridades de circunscribir en un marco espacio-temporal específico, y a partir de categorías sociopolíticas bien especiales, entidades concebidas a priori como culturalmente homogéneas, funcionando en un equilibrio estable e inscritas en un espacio de fronteras etnico-políticas bien definidas. El espacio indígena total aparece de este modo compuesto de entidades culturales y políticas discretas: dividido rígida y fijamente en territorios o segmentos, habitados por grupos supuestamente dotados de una misma lengua, de una misma cultura y de instituciones políticas, cada una de ellas organizando segmentos.”. Guillaume Boccara, “Mundos Nuevos en las fronteras del Nuevo Mundo. Relectura de los

sobre los nativos. En la relación que Robledo escribió sobre los pueblos que recorrió al seguir el curso del Cauca, anotó que “Las lenguas de la provincia de Hebéjico duran más de cuarenta leguas de tierra de largo e ancho otras tantas por ser una lengua. Es la gente más cruel y más carnífera de toda de cuanta en aquellas tierras hay, e que más se comen unos a otros.”²⁰

Cuando Belalcázar solicitó en diciembre de 1544 que no se aplicaran las Nuevas Leyes y que los indígenas de las encomiendas de Popayán que fueran declaradas vacas no pasaran a la corona, afirmó que éstos eran “incapaces y rudos”, en tanto que en Cuzco y Nueva España había “grandes e insignes poblaciones ricas”, habitadas por “naturales tan vivos de ingenio y hábiles para imprimir en ellos como se ha imprimido tan bien las cosas de nuestra Santa Fée y todas las otras nuevas costumbres y policía de vivir...”²¹

Los relatos sobre la antropofagia tenían un claro propósito político y no obedecían sólo al deseo de informar sobre costumbres exóticas. Con ellos se buscaba demostrar que si la corona dejaba sin poder a los encomenderos la región se perdería y los indígenas continuarían viviendo en sus antiguas creencias. Por ejemplo Belalcázar escribió:

“En las provincias de Antioquia, agora nuevamente pobladas, hay costumbre antigua muy horrible y espantosa, y es que los caciques principales de ellas, demás de la mujer natural tienen muchas otras mancebas, habidas de otros

procesos coloniales de etnogénesis, etnificación y mestizaje en tiempos de globalización.” CNRS-CERMA. E-Review. UMR 8565. Nuevo Mundo, mundos nuevos. 2001.

²⁰ “Relación de algunos pueblos de la gobernación de Popayán. 1539-154”. En *Revista Cespedesia*. N° 51-52. Vol. XIV. Cali: Enero-diciembre de 1985, p. 33.

pueblos por su rescate, solamente para producir de ellas generación, y cuando la criatura está ya de un año o poco más criada de leche, mántala para comer, siendo propio hijo, y después que lo ha comido, mata así mismo la madre y cómesela.”²²

Cronistas e historiadores quedaron atrapados en el poderoso efecto dramático de estas historias. Así, cuando Gonzalo Fernández de Oviedo escribió sobre los indígenas de Antioquia copió la información que le suministró Robledo. Oviedo ejercía el oficio de Alcaide en la fortaleza de Santo Domingo mientras preparaba su monumental *Historia General y Natural de las Indias*. Allí pudo conversar con Robledo en 1545 cuando éste, en compañía de su esposa, María Carvajal, regresó de España con el título de Mariscal. Con base en una carta que éste le escribió después con noticias sobre las poblaciones de los territorios que le disputaba a Belalcázar, Oviedo narró que los indios de Antioquia

“son belicosos e muy entendidos, e más carniceros que todos los otros que se han nombrado de suso, porque tienen jaolas de madera, donde ponen a engordar indios para los matar e comer después, cuando les parece que están bien en carnes, como se hace con los puercos en Castilla; e para que engorden más presto, quiébranles los ojos. Es tierra fría e muy sana”²³

²¹ “Carta del Adelantado Belalcázar al Emperador. Cali 20 de diciembre de 1544” En: *Revista Cespedesia*. N° 51-52. Vol. XIV. Cali: Enero – diciembre de 1985, p. 98

²² *Ibid.* p. 97.

²³ Gonzalo Fernández de Oviedo, *op. cit.* Tomo V, p. 30.

El Cronista Mayor de Indias, Antonio de Herrera, incorporó estos relatos en su *Historia General de los Hechos de los Castellanos*, cuya primera parte se publicó en 1601. Esta obra, también conocida como *Las Décadas*, fue escrita con base en la extraordinaria y voluminosa documentación que la corona reunió durante el siglo XVI sobre las Indias. Aunque es de sobra conocida la crítica a Herrera porque plagió gran parte de la información, su obra ofrece al lector una visión integrada de las acciones de los españoles en la primera mitad del siglo XVI.

En la parte descriptiva de la geografía de las Indias Herrera retomó el tema del canibalismo en la gobernación de Popayán sesenta años después que lo hicieran Robledo sus escribanos y Cieza. Pero Herrera escribió en presente y con ello justificó tácitamente la guerra de conquista:

“los naturales [de Arma] son tan carniceros, que los vivos son sepultura de los muertos; porque se ha visto comer marido a mujer, hermano a hermana e hijo a padre, y habiendo engordado algún cautivo, el día que le han de comer le sacan con muchos cantares y el señor manda que un indio le vaya cortando cada miembro, y vivo se le van comiendo; y después, de la población de Arma se han comido más de ocho mil indios y algunos castellanos han padecido este martirio.”²⁴

²⁴ Antonio de Herrera. *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Tomo I. Edición y estudio de M. Cuesta Domingo. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1991, p. 192

En los relatos de los cronistas debía parecer obvio el heroísmo de los españoles al enfrentarse a seres a los que casi se les negaba la condición humana. Al identificarlos como *naturales* se recordaba que todavía formaban parte de la naturaleza y no del mundo civilizado²⁵.

Pero testigos más imparciales o que fueron críticos severos de los conquistadores y de la obra de España en las Indias, como el oidor Tomás López Medel, tampoco encontraron en las costumbres antropófagas de estas tribus fines rituales similares a los que había en México. En *Los Tres Elementos*, su rico tratado sobre de la naturaleza de las Indias, López Medel señaló que en algunos indígenas de Venezuela o del Nuevo Reino,

“el uso de comer carne humana estaba tan entrañado y recibido entre aquellas bárbaras gentes, que en muy muchas partes y regiones la nefanda costumbre dicha de matar hombres no era por hacer sacrificio y oblación de ellos a sus dioses, como los mexicanos y guatemaltecas y otros muchos lo hacían sino puramente y por sólo este fin de satisfacer su apetito y apacentarse de carne humana y tenella para su mantenimiento.”²⁶

²⁵ “Los indígenas fueron calificados como *naturales*, no sin motivo. Su cultura los mantenía inmersos en la naturaleza. Para el indio, y también para el negro, hombre y naturaleza, acontecimientos humanos y eventos cósmicos, realidad y símbolo, constituían una indudable coalescencia. No existía separación clara entre lo metafísico y lo físico, entre lo divino y lo humano, entre la vida y la muerte sino, por el contrario, un *continuum* y una dependencia mutua y recíproca entre el hombre y el mundo fenomenal, ambos determinados por fuerzas anímicas que producían una causalidad de índole mágica y conceptos del tiempo, del espacio, de la vida y el mundo de genio místico. Los indígenas eran naturales porque formaban una indisoluble unidad con la naturaleza.”; Gonzalo Aguirre Beltrán, *Magia y Medicina. El proceso de aculturación en la estructura colonial*. México: Instituto Nacional Indigenista, 1963, pp. 76-77.

²⁶ Tomás López Medel, *De los tres elementos, aire, agua y tierra, en que se trata las cosas que en cada uno dellos acerca de las occidentales indias naturaleza engendra y produce comunes con los de acá y*

El efecto práctico de estas descripciones no pudo ser mas nocivo para la población indígena de la región. Al tener la certeza de que los nativos del Cauca poseían una de las características que la corona consideraba indispensable para permitir una guerra de exterminio –el canibalismo–, los encomenderos y sus descendientes actuaron de tal forma que todos sus abusos podían soslayarse bajo el argumento de que luchaban contra poblaciones de antropófagos. Posiblemente el prurito de los antioqueños de creer que descenden de vascos y de judíos y que ni siquiera vale la pena considerar el valioso aporte cultural de los pueblos indígenas sea la penúltima metamorfosis de la lógica encomendera.

Una isla de oro

Si conquistadores y juristas coincidieron en su visión poco alentadora sobre las condiciones morales de los indígenas que ocupaban los valles del Cauca, del Magdalena y del Darién, observaron que en contraste, ellos vivían en tierras abundantes en oro. Fray Pedro Simón consideró que el territorio delimitado por el Cauca y el Magdalena formaba una isla pródiga en este metal: “Entre estos dos ríos, Darién y la Magdalena entre quien corre Cauca, crió Dios la tierra más rica y plata que pienso calienta el sol, ni les ha descubierto a los mortales.”²⁷

particulares de aquel nuevo mundo. Edición y notas de Victor Patiño. En: *Revista Cespedesia*. Vol XI. Cali: Junio- diciembre de 1982. Nos. 43-44. p. 342.

²⁷ Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Tomo V. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1981, p. 288.

Desde las primeras experiencias en Tierra Firme las precarias informaciones indígenas hicieron creer a los españoles que la tierra adentro era abundante en oro. Allí nació el mito del Dabaibe. En las décadas siguientes los expedicionarios buscarían en vano los reinos de oro en Cibola, en el Reino sin Mal de Paitití, en los pantanos de la Florida, en el país de Meta, en las frías lagunas de la sabana de Bogotá, en el espejismo del lago Parime o en el país de las Amazonas.

A partir de la fundación de San Sebastián de Urabá y de su remplazo, Santa María de la Antigua del Darién, los relatos sobre la riqueza del Dabaibe, encontraron oídos crédulos en hombres desesperados. Desde ambas poblaciones se organizaron entradas en su búsqueda. Pero el descubrimiento del Mar del Sur en 1513 y la fundación de Panamá llevaron a que Santa María se fuera despoblando y que la exploración del Atrato y sus afluentes se abandonara.²⁸ Sin embargo, en 1535 el gobernador de Cartagena, Pedro de Heredia, organizó una expedición dirigida por Francisco Cesar para alcanzar las zonas auríferas que sin éxito se habían buscado desde Urabá y el Darién.

César, quien había adquirido experiencia en la conquista del Río de la Plata, salió de San Sebastián de Buenavista, el puerto que fundó el hermano de Heredia, Alonso, cerca del desaparecido San Sebastián de Urabá. Durante nueve meses la tropa recorrió y saqueó la región. Al avanzar por los últimos contrafuertes de la cordillera occidental la expedición llegó al valle de Guaca y a las tierras dominadas por el cacique Nutibara. Cuando Cesar

²⁸ Sobre las primeras fundaciones en el Darién Oviedo es una fuente invaluable, pero véase especialmente: Gonzalo Fernández de Oviedo. op. cit., tomo III, libro XXIX.

regresó a Cartagena ya se encontraba allí el licenciado Juan Vadillo, quien fue enviado por la Audiencia de Santo Domingo como juez de residencia del gobernador Heredia.

Las noticias de Cesar y sus soldados -un sólo sepulcro produjo más de cien mil pesos-, fueron un poderoso imán para la numerosa población de hombres sin oficio que medraban en Cartagena. Algunos eran apenas mancebos de catorce o quince años, tal como lo recordó Pedro de Cieza años después.

La segunda expedición a las tierras de Nutibara fue dirigida por el propio Vadillo, quien partió de Urabá a finales de enero de 1537 al mando de unos 350 españoles, más de cien esclavos, e indígenas de las encomiendas sujetas a Cartagena, para repetir el recorrido de Cesar, a quien nombró su lugarteniente. En la *Crónica del Perú* Pedro de Cieza dejó un testimonio excepcional de esta expedición que terminó en la ciudad de Cali. Vadillo y sus hombres, quienes después serían conocidos como los *cartageneros*, remontaron la cordillera occidental y avanzaron hacia el sur a lo largo del río Cauca. En su recorrido la expedición de Vadillo constató la riqueza aurífera de la región así como la ausencia de un gran centro político indígena. Por el contrario, numerosas tribus que tenían lenguas diferentes y que, en algunos casos, combatían por los recursos, ocupaban la estrecha cuenca del Cauca. En este caso las estrategias de Cortés o de Pizarro -capturar a quienes los españoles identificaron como *reyes* o *emperadores*-, para asegurar la sumisión de una numerosa población, no tenía ningún sentido en la zona puesto que en un tramo de dos leguas -un poco más de diez kilómetros- podía haber dos comunidades rivales, como ocurría entre Anserma y Arma. Por ello tampoco existió algo comparable a la ficción jurídica del traslado del imperio a manos españolas, como sí ocurrió en Nueva España o en

Perú. Esta circunstancia también impidió que alguna de las ciudades que después fundaron los españoles en la región adquiriera un papel hegemónico sobre las otras. Cali, Buga, Cartago, Anserma, Arma, Caramanta, Santafé y Antioquia, sólo podían ejercer control sobre sus inmediaciones y entre cada una de ellas quedaba un *hinterland* en el que la presencia española era gaseosa.

Vadillo no fundó ninguna población, un error del que se lamentó tarde, cuando se enteró que Belalcázar y sus hombres habían fundado varias ciudades en su recorrido desde Quito hacia el norte. Cuando Vadillo llegó a Cali les propuso a sus compañeros regresar para fundar ciudades en las ricas provincias que habían descubierto, aunque sospechaba que la mayoría quería quedarse, “contentándose con maíz y con poco más que se come a mesas ajenas.”²⁹

La experiencia adquirida por la expedición de Vadillo fue aprovechada por Jorge Robledo, quien avanzó hacia el norte de Cali por órdenes de Aldana, el lugarteniente de Balalcázar. Él fundó Anserma en 1538 sobre la loma de Umbra, en la margen izquierda del Cauca, y del otro lado a Cartago, en tierras de los Quimbayas. Las fundaciones permitieron el reparto de las primeras encomiendas entre los soldados y dieron algo de seguridad para emprender nuevas avanzadas hacia el norte en busca del oro de Buriticá y Dabaibe. Una segunda expedición lo llevó a explorar algunos valles del macizo antioqueño y las tierras ocupadas por los Catíos en la cordillera occidental. Allí en la parte alta de la provincia de Ebéjico fue fundada la ciudad de Antioquia en diciembre de 1541. En los años siguientes las disputas por la jurisdicción sobre la ciudad entre las gobernaciones de Popayán y de Cartagena

dieron origen a varios traslados de ésta y a repetidas redistribuciones de las encomiendas. Otra causa importante de los traslados fue la necesidad de darle asiento más seguro debido a la resistencia y amenaza de la población indígena y a la falta de alimentos.

Antioquia *la vieja*, ubicada en ese lejano norte de la gobernación de Popayán, tenía una ventaja evidente. Desde ella se podía llegar al Mar del Norte sin tener que dar el extenso y costoso rodeo por el Pacífico y por Panamá. Sus primeros vecinos pensaron que era más seguro avanzar por la serranía de Abibe y buscar luego las selvas de Urabá hasta llegar al Atlántico que viajar hacía el sur para llegar a Cali y salir desde allí al Pacífico. Fue por esta razón que en diciembre de 1541 cuando Robledo quiso viajar hasta Popayán para presentar una relación de su segunda expedición, el cabildo de Antioquia lo obligó a viajar por Urabá pues supuso que por esta ruta sólo necesitaría la compañía de doce soldados. De haber viajado por la vía de Antioquia-Cartago-Cali hubiera necesitado el doble de hombres, que en ese momento eran indispensables para asegurar la nueva ciudad.³⁰

De otro lado, la erección de una ciudad era necesaria para reclamar la jurisdicción sobre la provincia en contra de las pretensiones de Heredia y para crear reales de minas. Robledo era fiel a la práctica de Belalcázar y de sus lugartenientes de fundar villas y ciudades españolas. El modelo de Heredia, saquear la tierra sin poblar, era más característico de las primeras incursiones españolas en Tierra Firme. Así, al referirse a su rival Heredia, Robledo afirmó que,

²⁹ Fray Pedro Simón, op. cit. tomo V, p. 222

³⁰ Emilio Robledo, *Vida del Mariscal Jorge Robledo*. Bogotá: Editorial ABC, 1945, p. 227

“es notorio en todas estas partes que el gobernador de Cartagena e gente della no usan poblar ni pueblan ny reparten tierras ny yndios de la dicha gobernación ni lo saben hazer sino Robarlos y despoblarlos y hazen entradas a buscar oro y de esto viven y an bibido en la dicha governación...”³¹

Cuando Robledo llegó a San Sebastián de Buenavista, después de viajar 47 días, fue capturado por Alonso, el hermano del gobernador Pedro de Heredia. Posteriormente éste lo acusó de diversos cargos y lo envió preso a España. La acusación principal era que sin tener la autoridad necesaria fundó Antioquia en tierras de la gobernación de Cartagena. Entretanto la ciudad fue objeto del tira y afloje entre los lugartenientes de Belalcázar y el gobernador de Cartagena aunque a la postre se impusieron los hombres del primero.

En 1545 Robledo regresó de España y fundó en 1546 la villa de Santafé a orillas del río Tonusco, un pequeño afluente del Cauca que se desprende de la montaña de Buriticá. En los años siguientes, la vida de la villa y de la región quedaron unidas a la producción aurífera en esta montaña y al mito que se creó en torno a sus riquezas.³²

³¹ Ibid., p. 221. Acerca del impacto de la conquista en la población indígena de la costa atlántica ver: Marta Herrera Angel, “Desaparición de poblados caribeños en el siglo dieciséis.” En *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. 34, enero diciembre 1998.

³² Sobre la villa de Santafé, Gregorio Vázquez de Espinosa escribió que estaba “media legua apartada del río Cauca a la ribera del Tonusco, en la falda del gran cerro de Buriticá, de los mas ricos de aquella tierra, por estar todo el, y su centro lastrado de oro, que llaman de encage, de donde se ha sacado gran suma de oro. El cielo de Antioquia es clementissimo, muy claro, de maravilloso sitio, llano, y apacible de saludables ayres, por lo cual le tienen los naturales por vno de los mas sanos lugares del mundo.”; Gregorio Vázquez de Espinosa, op. cit., p. 314

Los ataques indígenas y la anarquía entre los soldados que se la disputaban llevó en los años siguientes al despoblamiento de la ciudad de Antioquia. Los pocos vecinos que ella conservó se trasladaron a la villa del Tonusco, que muy pronto se conoció como Santafé de Antioquia. La ejecución de Robledo acentuó su aislamiento y el teniente de gobernador que Belalcázar nombró para manejar la región, Gaspar de Rodas, gozó de una extraordinaria autonomía durante las cinco décadas posteriores.

Cuando en 1560 se hablaba de Antioquia se entendía que se aludía a la villa de Santafé, aunque los oficiales reales señalaron la conveniencia de reedificar la vieja ciudad de Antioquia para poder explotar los recursos auríferos con los indígenas de la zona. De acuerdo con una relación anónima escrita en ese año, la villa sólo tenía diez vecinos encomenderos que trataban de gobernar a 5000 tributarios pertenecientes a diferentes tribus. En las minas de Buriticá trabajaban 115 indios. Los cálculos fueron aproximados porque el oidor que estaba realizando la visita de la gobernación de Popayán, López Medel, no se atrevió a viajar a la villa de Santafé debido a la amenaza de los nativos.³³ Tal vez los mismos vecinos se encargaron de exagerar dicha amenaza para evitar la visita de López, cuyas rigurosas medidas contra los encomenderos dieron origen a agrias protestas de los cabildos de las villas y ciudades que visitó en compañía del obispo Juan del Valle.

La abundancia de oro en Buriticá retuvo los remanentes de las tropas que se disputaron Antioquia y evitó que la villa de Santafé se despoblara. Otros factores menos estudiados

³³ "Relación de Popayán y del Nuevo Reino. 1559-1560." En *Cespedesia*. Nos. 45-46. Cali: Enero-junio de 1983. P. 50; también fue publicada en: Hermes Tovar Pinzón. Transcripción e introducción, *No hay Caciques Ni Señores. Relaciones y Visitas a los naturales de América. Siglo XVI*. Barcelona: Ediciones Sendai, 1988, p. 58.

también influyeron. La vida en estas pequeñas y aisladas poblaciones fronterizas debía tener un poderoso atractivo para soldados que en virtud de tal aislamiento podían convertirse en pequeños señores absolutos de los indígenas que gobernaban y que preferían ser cabezas de ratón que colas de león. Al elegir entre la relativa seguridad física, aunque no la económica, que se podía tener al vivir en Cartagena o en la sede de la Audiencia, con el inevitable control que suponía la existencia de este tribunal, y entre la vida tosca, extremadamente insegura, muy indianizada, pero sin molestas autoridades fisonómicas cerca, esta segunda opción no era despreciable.³⁴ Ello no quiere decir que en una villa como la de Santafé no se reprodujeran las clásicas instituciones -alcaldes, alguaciles, escribanías, etc.- castellanas que eran el signo de pertenencia al orbe de los dominadores.³⁵

A la espera de mejores tiempos, y disfrutando de una independencia casi absoluta de las autoridades de Popayán, los vecinos de la villa se lucraron de la actividad minera y agrícola de la población nativa. Como se verá más adelante ello ocurrió en un ambiente de una calculada violencia cotidiana que se racionalizaba a partir de un cuidadoso y selectivo ejercicio de la memoria española y que tenía como consecuencia mantener vivas las ideas sobre la condición de inferioridad de los nativos.

³⁴ Un interesante ejemplo de la forma como los españoles quedaban *atrapados* en una pequeña población fue el de Sebastián Gómez Altamirano, quien en 1589 le escribió una carta a su mujer en España, tal vez desde Cartagena, informándole que se dirigía al Perú. Sin embargo en 1592 escribió otra carta a su cuñado desde Santafé de Antioquia, en la cual se quedó, aunque se lamentaba porque en las Indias había más ladrones que en España; Enrique Otte, *Cartas privadas de emigrantes a Indias. 1540-1616*. México: F.C.E., 1993, p. 318.

³⁵ Lockhart enfatiza que pese a los rasgos particulares que adquirieron las ciudades de las Indias, en ellas siempre estuvieron presentes las características funcionales de las ciudades de la península; James Lockhart. "La formación de la sociedad hispanoamericana". En *Historia General de América Latina*, op. cit. tomo II, p. 361

Hoy la región presenta una vegetación de bosque semiseco pero los informes del siglo XVI describían un valle fértil y rico en alimentos³⁶. En la relación de 1560 se afirmaba que

“La tierra es abundosa de mantenimientos, que se pueden criar todo genero de ganados, porque tienen muy buenas dehesas para ello. Los vecinos que están en Santa Fe pueden sufrir la mala vida que allí tienen, por ser las minas de oro buenas, y con algunos negros que tienen y con algunos indios de los naturales que les sirven, sacan buen oro para sustentarse, debajo de esperanza que se reedificará Antioquia y se harán de paz los naturales de esta villa.... Todos traen indios a las minas. No hay certinidad los que cada uno trae y los cuales están encomendados, porque casi todos están de guerra.”³⁷

La guerra, las enfermedades europeas, el trabajo en las minas, en las estancias y en la villa, diezmaron la población indígena. Los diferentes grupos de la región como los Catíos, los Tahamies, los Nutabes, los Peques y los Ebéjicos también fueron forzados a servir como cargueros en todas las expediciones que se organizaron desde la villa de Santafé durante la gobernaciones de Valdivia y de Rodas. El resultado fue dramático: en 1582 Gerónimo de Escobar calculó que cuando los españoles entraron a la región había unos 100.000 tributarios.³⁸ En 1583 el oidor Francisco Guillén Chaparro estimó que sólo quedaban 1500

³⁶ Sobre los Nutabes y la forma como aprovecharon los diversos recursos que ofrecían los nichos ecológicos de los afluentes del Cauca véase: Marcela Duque e Iván Darío Espinoza, *Historia y cultura de la población Nutabe en Antioquia*. Tesis de grado. Universidad de Antioquia: Departamento de Antropología, 1994

³⁷ “Relación de Popayán y del Nuevo Reino.”, op. cit., p. 50

³⁸ Hermes Tovar Pinzón. *Relaciones y Visitas a los Andes. S. XVI*. Bogotá: Colcultura- Instituto de Cultura Hispánica, 1993. Tomo I, p. 418

indígenas tributarios de los 5000 que se calcularon en 1560.³⁹ El trabajo de los indígenas en Buriticá, y en los placeres auríferos del Cauca y sus afluentes, proporcionó el capital para la compra de los 300 esclavos que trabajaban en la mina. Cuando el oidor Herrera Campuzano visitó la villa en 1614 sólo quedaban un poco más de 400 tributarios.⁴⁰

Los mil forajidos

La ciudad de Antioquia fue identificada por Cieza como “la primera y la última del Perú”, pues era la fundación más septentrional de los lugartenientes de Pizarro. En su *Crónica del Perú*, Cieza, identificado en el proceso entre Heredia y Robledo como un *criado* del último, reafirmó lo que ya había decidido la Corona: Antioquia debía estar sujeta a la gobernación de Popayán, y no a la de Cartagena. Pero en términos prácticos la ciudad y luego la villa de Santafé estuvieron separadas de Popayán. Al finalizar la década de 1540 las guerras civiles en el Perú consumieron los recursos de Popayán y las ciudades recién fundadas quedaron al garete.

Al norte de Santafé de Antioquia las próximas poblaciones españolas eran Cartagena y sus satélites en el golfo de Morrosquillo y en Urabá: Tolú –hoy Tolú viejo- y San Sebastián de Buenavista. A espaldas de la villa quedaba el cerro de Buriticá y más allá, en el poniente, el valle del Penderisco y un abanico de viejos caminos indígenas por los que se llegaba al Chocó, al Urabaibe y al mar del Norte...

³⁹ Francisco Guillén Chaparro, “Memoria de los pueblos de la gobernación de Popayán y cosas y constelaciones que hay en ellos.” En *Cespedesía*. Nos. 45-46. Cali: Enero-junio de 1983. pp. 313-321.

Esta cercanía con una amplia región cuya geografía era poco conocida, que estaba habitada por nativos que conservaron su independencia, que fueron acusados de ser “comedores de carne humana”, y que podían organizar ataques sorpresivos protegidos por la difícil topografía, acentuó el aire de campamento militar de la villa. El temor por eventuales ataques sólo disminuyó el siglo XVIII. En 1643 Mencía Carvajal, una vecina nacida en España, que declaraba tener cien años, sesenta y cinco de los cuales había vivido en Antioquia, recordó que su marido, el capitán Bartholomé Sánchez Torreblanca, participó en la reedificación de Antioquia *la vieja* y en el traslado definitivo a orillas del Tonusco. Él y los otros vecinos tenían que guardar la población de día y de noche porque “estaban los yndios mal domésticos de manera que venían hasta las goteras de esta ciudad...”⁴¹

Las poblaciones más cercanas hacia el sur eran Caramanta y Arma. Según el oidor Guillén Chaparro cuando el Cauca tenía suficiente caudal se podían navegar las 50 leguas de Arma a Santafé de Antioquia en cinco o seis horas. Pero el viaje en sentido contrario se tenía que hacer por tierra y suponía un alto riesgo. El mismo oidor indicó que al comenzar la conquista en Arma había más de 20000 indios de los cuales apenas quedaban poco más que 500.⁴²

⁴⁰ A.G.N. Colonia. Visitas de Antioquia. Tomo 2, folio 386.

⁴¹ A.H.A. t. 23, d. 690, f. 74

⁴² Sobre las condiciones del viaje Vázquez de Espinosa escribía: “El rio Cauca, que con suma riqueza de oro va atraessando toda esta gouernacion, nace en la de Popayan, y atraessandola toda en el pueblo de Arma, que es el vltimo del distrito de Popayan, se hazen en ella grandes balsas de 40 o 50 cañas, que llaman Guaduas, atandolas vnas con otras, sobre las quales hazen vn aparador, que llaman barbacoa, donde ponen la ropa, o mercaderías, para que vayan enjitas: con estas balsas nauegan el dicho rio hasta Antioquia, que son 40 leguas en tiempo de 8 horas, para arriba nunca se ha nauegado, ni es posible, por la gran corriente que tiene.”; Gregorio Vázquez de Espinosa, op. cit., p. 315.

Pese a la falta de seguridad en los viajes, el Cauca impuso un gran eje de sur a norte que generó vínculos comerciales y familiares entre los vecinos de las ciudades que encerraban la cordillera occidental y la central. Por el contrario, las relaciones con el Nuevo Reino y con la sede de la Audiencia fueron más difíciles por razones geográficas y políticas. En dirección al oriente, después del valle de Aburrá, que fue destinado por la corona para la cría de ganado mayor, la población española más inmediata era Remedios, fundada en 1560, aunque era casi una fortuna dar con ella pues sus vecinos mineros la desplazaban de río en río en busca de oro y de indígenas. Por fin, después de un viaje que podía durar dos meses se llegaba a la sabana de Bogotá. Ocasionalmente algunos vecinos avanzaron por el Cauca hasta alcanzar el Magdalena para remontar éste hasta llegar al puerto de Honda e iniciar el ascenso a la sabana.

Durante años, como ocurría con las poblaciones del alto Magdalena, la villa de Santafé de Antioquia fue un enclave aislado y la idea de viajar a ella podía vencer el sentido del deber de los funcionarios más acuciosos, como ocurrió con el oidor y visitador Tomás López Medel y con el obispo de Popayán, Juan del Valle, quienes en 1559-1560 se encontraban realizando la visita de los territorios sujetos a la Audiencia. Después de recorrer gran parte de la gobernación de Popayán se negaron a internarse al norte de Caramanta porque los indios de Santafé de Antioquia “están de mala paz todos o los más de ellos y no hay disposición para poderse hacer entre ellos tasación formalmente”. Los informes que ocasionalmente llegaban a Arma y a Caramanta eran desalentadores. Miguel Medina, un testigo que fue interrogado por el oidor y por el obispo declaró que,

“él había dos días que llegó de la dicha villa de Santa Fe a esta, y que en días y en el tiempo que allá estuvo, que serían dos meses poco más o menos, entendió y vio que a ningún repartimiento se osaba ir, sino era con mucha gente; y que todos los naturales de la dicha villa o los más estaban de mala paz y sospechosos, de manera que no se osaba ir entre ellos. Y que tiene por cierto que no había lugar de tasación entre ellos ni para tratarse otra cosa con ellos de policía, hasta en tanto que se traigan de paz y se amansen.”⁴³

Pero el riesgo de viajar hasta la villa no se debía únicamente a la presencia de la población indígena. Gerónimo de Escobar advirtió que en ella había

“como diez y ocho vecinos que son Gerónimo de Torres y Pedro Alférez, Hernán Martyn, Gaspar de Rodas, Damián de Silva gente muchos dellos ynquieta y que amparan allí mill hombres foragidos los quales están como en un castillo seguros porque la entrada a este lugar ha de ser en cierto tiempo del año y si no se puede entrar y ase de yr a pie mucha parte con gran peligro.”⁴⁴

Cuando el fraile escribió lo anterior, en la Audiencia ya era *vox populi* que el asesinato del gobernador Andrés de Valdivia había sido movido desde la villa por dos de los *mil forajidos*: Bartholomé Sánchez y su cuñado Francisco López de Rúa.

⁴³ Tomás López Medel, *Visita de la Gobernación de Popayán. Libro de Tributos (1558-1559)*. Edición de Berta Ares. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricos/Departamento de Historia de América, 1989, pp. 281-282.

⁴⁴ Hermes Tovar Pinzón, *Relaciones*, op.cit., tomo I, p. 418

El señuelo del norte: San Juan de Rodas.

Las crónicas más completas sobre la historia de Antioquia entre las décadas de 1550 y 1570 las proporcionó Juan de Castellanos en la *Historia de la Gobernación de Antioquia y de la del Chocó*, incluida en la tercera parte de las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*.⁴⁵ Él indicó que su informante sobre la región fue Juan Alvarado Salazar, quien participó en las campañas que organizó Gaspar de Rodas para restablecer una cabeza de puente en las estribaciones del Nudo de Paramillo. Fray Pedro Simón reescribió en prosa esta historia aunque añadió detalles adicionales que no se encuentran en la obra de Castellanos. Si bien ambos autores interpolan numerosos discursos, diálogos e historias apócrifas, también proporcionan un valioso caudal de datos que deben ser confrontados en los archivos y con investigaciones etnohistóricas y arqueológicas.

Al ocuparse de Antioquia ambos autores se centraron en las actuaciones de Gaspar de Rodas y Andrés de Valdivia y en las campañas que ellos dirigieron para dominar y convertir en tributarios a los Catíos, a los Peques y a los Ebéjicos, sobre la margen izquierda del Cauca, y luego a los Nutabes y Tahamies, sobre la derecha.

En medio del reto que suponía para las autoridades de la villa el acelerado despoblamiento indígena y el arribo de soldados ilusionados con las viejas leyendas del Dabaibe y de Buriticá se optó por organizar salidas hacia el norte para establecer nuevos frentes mineros

⁴⁵ La primera parte fue escrita hacia 1578 y se publicó en 1589. La segunda parte fue escrita hacia 1584 y la tercera hacia 1601. Estas sólo fueron publicadas en 1847: Walter Mignolo, "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista." En: Luis Íñigo Madrigal (Coordinador), *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I. Epoca Colonial*. Madrid: Cátedra, 1992. p.105

y para capturar nativos. La ubicación de la villa de Santafé, en medio de un valle abierto que permitía el empleo de los caballos para su defensa le otorgó alguna seguridad. Sin embargo, en las montañas que se levantaban hacia el Chocó el liderazgo del cacique Toné sobre diferentes tribus de la etnia Catía frustró las tentativas de los vecinos de Santafé para crear poblamientos permanentes en el valle de Urrao. Ante la imposibilidad de destruir la villa de Santafé, los Catíos optaron por hostilizar con éxito a los españoles y a sus esclavos en las minas y en las haciendas. Una importante consecuencia de la amenaza Catía fue la continua pérdida de los indígenas de las encomiendas de Antioquia porque podían retirarse hacia la ceja de la cordillera en donde los españoles no incursionaban a menos de contar con una tropa de 60 o más hombres. Estas fugas, unidas al impacto de las epidemias españolas, hacían cada vez más pesadas las cargas sobre la población tributaria restante, mientras que los vecinos de Antioquia, incomunicados de Popayán, “soportaban la mala vida que llevaban por el oro”.

Aunque en la década de 1550 no existían ni la gobernación de Antioquia ni la del Chocó parece que la Real Audiencia consideró que las montañas de Urrao y el valle del Penderisco, territorio controlado por Toné, no debían ser de la jurisdicción de Popayán. Según Castellanos la historia de la gobernación del Chocó comenzaba con la expedición que el fundador de Caramanta, Gómez Hernández, organizó en 1557 sobre el valle de Urrao. Con esta salida se pretendía que él cateara la región, sometiera a Toné y refundara Antioquia *la vieja*. Pero la salida de Hernández fue poco exitosa. La Audiencia confiaba que la expedición acabaría con la permanente amenaza que representaban los Catíos para la villa de Santafé al ser capturado Toné. Sin embargo ello no ocurrió. Toné logró escapar a un largo asedio que culminó en una pavorosa matanza de los indígenas que no pudieron

huir. El efecto de la expedición, que también fracasó en el propósito de volver a fundar la vieja Antioquia, fue exacerbar la hostilidad de los Catíos contra los españoles.

Diez años después de la expedición de Gómez Hernández era claro que al norte y al occidente de Antioquia los Catíos continuaban dominando un extenso territorio. La margen derecha del Cauca, ocupada por Tahamies y Nutabes no había sido explorada. Mientras ello fuera así, era arriesgado establecer una comunicación permanente segura hacia el Mar del Norte y explotar los placeres auríferos de las provincias de Ebéjico, Peque, Ituango y Norisco. Por ello, el gobernador de Popayán, Alvaro de Mendoza, dio comisión a su teniente de gobernador en la villa de Antioquia, Gaspar de Rodas, para organizar una campaña de pacificación que incluía la fundación de nuevas poblaciones entre el Cauca y el Nechí. Estas campañas para reclutar soldados debían explotar hábilmente la pobreza y la frustración de los hombres más curtidos y la ilusión de los bisoños pues Rodas reclutó 60 soldados en el Nuevo Reino y 30 en Popayán.⁴⁶

Sin embargo los vecinos de la villa parecían más escépticos porque sólo cinco o seis de ellos se dejaron tentar por las promesas de Rodas para unirse a la expedición, que salió de Santafé de Antioquia el seis de enero de 1570. Usualmente éstas expediciones salían en diciembre o enero para aprovechar la temporada de verano que se extiende hasta marzo. Después de un año de preparativos salieron de la villa 94 soldados –entre los que se incluían los mestizos que acompañaban a sus padres españoles-, que llevaban 300 caballos, 400 vacas y 500 cerdos. 700 indios de servicio fueron encargados de llevar el menaje, las armas y de conducir el ganado. La expedición, que contaba con lenguas indígenas y que se

movía sobre las rutas prehispánicas que eran utilizadas para el incesante comercio de esclavos, mantas, oro, sal y alimentos que practicaban los nativos, avanzó hacia norte y 17 días después llegó a las provincias de Ebéjico. De acuerdo con Castellanos, Rodas exigió la obediencia a los caciques de la región, que dirigidos por Sinago, el cacique de Pequi, se negaron a quedar bajo el gobierno español.

No hay datos confiables acerca de la población en la zona, pero los relatos de la época permiten deducir que los valles cordilleranos de tierra templada estaban densamente poblados por los Catíos. Los cronistas españoles valoraban el hecho de que ellos usaran pesos y medidas, y Castellanos y Simón anotaron que tenían pintadas sus historias en mantas. Tampoco es clara la naturaleza de su estructura política pero parece que sólo extraordinarias circunstancias los forzaban a olvidar sus diferencias inmediatas para unirse bajo la dirección de uno de los caciques. En repetidas ocasiones los cronistas indicaron que el gobierno de estos pueblos estaba en manos de una pareja de hermanos o que cuando uno de los caciques moría el mando lo heredaba un sobrino.

En cuanto a las informaciones de los cronistas sobre el estado de guerra permanente entre tribus vecinas, éstas deben ser examinadas de manera crítica porque tal vez sólo estemos leyendo una interpretación forzada, pues no cabe duda que la presencia de un numeroso tren de españoles, esclavos y sirvientes indígenas agotaba con gran rapidez los alimentos de las poblaciones nativas y las forzaba a combatir entre ellas por los escasos suministros.

⁴⁶ Juan de Castellanos, op. cit., pp. 975-978

Una de las estrategias indígenas frente al avance de la tropa de Rodas, y que en la región había sido utilizada desde la época que por allí pasó Vadillo, fue la destrucción de sus poblados y cultivos. Cuando Rodas se desplazó hacia el norte de Ebéjico los indígenas de Pequi, y posteriormente los de Ituango, usaron esta práctica y abandonaron sus provincias. Así, la tropa española se desplazaba por un territorio en el que día a día eran más escasos los alimentos y en el que parecía un espejismo la creación de encomiendas.

Una respuesta diferente ante la ocupación española fue la que utilizaron los nativos de Norisco. Sin poder resistir abiertamente a los españoles, se vieron obligados a hospedarlos en la temporada de lluvias, pero les hicieron creer que las tierras ricas en oro y mantenimientos que venían buscando las encontrarían en la provincia de Ituango que era la población más septentrional ubicada en tierras desprovistas de selvas. Al noroeste de Ituango comenzaban las zonas húmedas y selváticas del nudo del Paramillo en las que nacen los ríos Sinú y San Jorge, y en cuyas cuencas cálidas había poblaciones que aún permanecían libres del dominio español. El descontento de la tropa española en Ituango, en donde no hallaron las riquezas prometidas por los de Norisco, era notorio, especialmente entre los soldados reclutados en el Nuevo Reino y en Popayán porque acusaron a Rodas de no fundar ninguna población para que el control de los pueblos indígenas que ellos ocuparon recayera en la villa de Santafé. Posiblemente no era una apreciación errónea. Una fundación sólo tenía sentido si se hacía un reparto de encomiendas entre los primeros vecinos, que era el fin con el que se enrolaron los soldados del Nuevo Reino y de Popayán. Al desplazarse de una provincia a otra, la expedición sólo permanecía en los pueblos mientras pudiera obtener alimentos, oro y mantas. Los indígenas capturados, generalmente jóvenes y mujeres —que eran llamados *chusma*— se incorporaban a las huestes en condición

de esclavos. Sin embargo, al no crearse nuevas ciudades teóricamente todos los territorios seguían dependiendo de la jurisdicción de Antioquia.

Por esta razón el soldado de mayor prestigio entre los que procedían del Nuevo Reino, Francisco de Ospina, uno de los fundadores de Remedios, le reclamó a Rodas que los estaba utilizando para favorecer intereses de los vecinos de Antioquia y solicitó licencia para regresar al Nuevo Reino. Rodas aceptó y a raíz de las denuncias de Ospina el gobernador de Popayán, Alvaro de Mendoza, decidió despojarlo de su poder y nombrar como nuevo teniente de gobernador a su propio hermano, pero cuando Rodas debía ser removido de su cargo el gobernador de Popayán fue reemplazado y llegó a la villa de Santafé Andrés de Valdivia con el título de gobernador de la provincia de Entre los dos Ríos, el Cauca y el Nechí.

Desde Ituango Rodas despachó hombres en diferentes direcciones para explorar la tierra. Una de ellas, dirigida por Bartolomé de Pineda exploró el flanco norte del nudo de Paramillo y regresó a Ituango con alentadoras noticias sobre la presencia de oro en Carauta, como era nombrada la provincia formada en el nacimiento del Sinú. Rodas envió una segunda expedición de 40 soldados bajo el mando de Juan Velasco, la cual siguió el curso del río hasta alcanzar las primeras sabanas en donde fueron sorprendidos por la presencia de numerosas poblaciones que se encontraban bien provistas de frutos, pesca y productos agrícolas. Velasco sólo se quedó en la región tres o cuatro días pues temía por su seguridad. Su rápido regreso, con oro, mantas y alimentos, pero, sobre todo, con la valiosa información acerca de la geografía y de la posibilidad de extender los tentáculos de la expedición hasta las feraces tierras del Sinú, acabó con la renuencia de Rodas a fundar una

población. Así, a comienzos de septiembre de 1570, fundó en la provincia de Ituango a San Juan de Rodas. Esta se encontraba a dos leguas del río Cauca, y como la primera ciudad de Antioquia, fue trasladada tres o cuatro veces antes que en 1574 Andrés de Valdivia convenciera a los pocos soldados que formaban su vecindario para pasar a la margen derecha del Cauca en busca de seguridad.

En realidad Rodas y Valdivia trataron de recrear sin éxito el proyecto de Robledo: establecer una ciudad en las estribaciones del nudo de Paramillo para acceder a Urabá y para convertir en tributarios los indígenas de esta rica región aurífera. Además cuando los cabildos de Arma, de Caramanta y de Santafé solicitaron la creación de una nueva gobernación expresaron su interés en la refundación de Antioquia *la vieja*. Los textos que aluden a estos proyectos dejan entrever que las huestes al no hallar una base segura para su establecimiento recurrían a la violencia como el principal medio para controlar momentáneamente algunos espacios y recursos; agotados estos, repetían la experiencia en la próxima provincia.

Una de las restricciones más evidentes en estas expediciones fue la fragilidad de la información a la que pudieron acceder los españoles. En las *Elegías* y en las *Noticias Historiales* es evidente la imprecisión de Castellanos y Simón al referirse a estos territorios. Tal como presentaron los hechos los cronistas, los españoles parecían depender de la buena voluntad de las indias ladinas a su servicio para conocer los planes de las comunidades que encontraban a su paso. Aunque los dos autores también informaron que en diversas ocasiones se acudió al tormento para obtener o para confirmar alguna información.

Ocasionalmente los hijos mestizos de los soldados son mencionados para resaltar su importante papel en estas campañas al lado de sus padres. El más influyente de ellos fue Alonso de Rodas, el hijo de Gaspar de Rodas. En Nueva España los mestizos de la primera generación, descendientes de las mujeres de la nobleza mexicana y de los compañeros de Cortés, heredaron el prestigio de sus antepasados indígenas y retuvieron algunos de los señoríos de la época prehispánica.⁴⁷ Por el contrario, en regiones como Antioquia en donde las sociedades nativas nunca gozaron de una admiración comparable a la que tuvieron los incas o los aztecas, los españoles no pretendieron emparentar con las mujeres de los caciques para obtener mayor legitimidad sobre la población indígena, como sí ocurrió en Nueva España, en Perú, o en Asunción. Aún así, estas primeras poblaciones de Antioquia y de los territorios sujetos a la Audiencia de Santafé pronto se vieron animadas por una creciente tropilla de niños mestizos.⁴⁸

Sobre las creencias y costumbres de los Catíos, los Nutabes o los Tahamies no hay informes comparables a los que quedaron sobre los Muisca y el efecto histórico que produce ese vacío impide entender mejor la naturaleza de las relaciones entre españoles e indígenas. De un lado tenemos datos muy precisos sobre los grupos de conquistadores y sobre la cultura de la conquista; conocemos sus nombres, sus orígenes; podemos reconstruir sus vidas antes de llegar a Antioquia o tenemos información sobre las encomiendas que

⁴⁷ Sobre el importante papel que desempeñaron los mestizos descendientes de las mujeres de la nobleza mexicana ver: Carmen Bernand y Serge Gruzinski, *Historia del Nuevo Mundo. Tomo II. Los mestizajes, 1550-1640*. México: F.C.E, 1999, pp. 107-196.

⁴⁸ El caso del extraordinario peso de los mestizos en la composición de la población de Asunción es proverbial. Cuando sus habitantes realizaron la segunda fundación de Buenos Aires el total de mestizos era de 50 entre los 70 fundadores; Ana María Lorandí, "Sudamérica Oriental". En **Historia General de América Latina**, op. cit. tomo II, p. 220.

recibieron, las mujeres con las que se casaron o las propiedades que adquirieron.⁴⁹ En cambio sobre los indígenas de la zona quedó una información tan frágil que el mero intento de definir los territorios que ocupaban ya supone un reto considerable. Aún más, ¿hemos de aceptar que las divisiones entre Peques, Ebéjicos, Tahamies eran reales o, por el contrario, fueron el resultado del desconocimiento de las lenguas indígenas y de lecturas forzadas por parte de los españoles? ¿Cuál era su organización política o cómo se articulaban sus conocimientos ecológicos con sus creencias, sus sistemas productivos y su manejo del espacio? Numerosas incógnitas sobre el pasado indígena quedan por resolver, pero entretanto el vacío ha sido ocupado con la repetición acrítica de las primeras crónicas. El resultado es que la historiografía apenas puede restituir una mínima parte de la complejidad de las culturas de la región y hechos tan significativos en la memoria de los vecinos de Antioquia durante el siglo XVII como fueron las reiteradas derrotas de sus antepasados en estos territorios o la muerte del gobernador Valdivia no son interpretados como el resultado de una inteligente estrategia de resistencia y combate sino como una consecuencia desafortunada del descuido español y del “salvajismo” nativo.

A comienzos de 1571, cuando Rodas se enteró que pronto llegaría Andrés de Valdivia, quien había sido nombrado gobernador de la Provincia de Entre los dos Ríos, procedió de manera apresurada a repartir las encomiendas en San Juan de Rodas, pero como lo temían los soldados de Popayán y del Nuevo Reino, las mejores fueron entregadas a los vecinos de Santafé de Antioquia. El reparto de encomiendas fue el mecanismo más poderoso que tuvieron a su disposición caudillos como Rodas para crear una clientela agradecida, pues

⁴⁹ Véase por ejemplo la abundante información sobre los primeros conquistadores y sus descendientes en Antioquia en: William Jaramillo Mejía, *Antioquia bajo los Austrias*. 2 tomos. Santafé de Bogotá: Instituto

era la posesión de la encomienda la que garantizaba la condición de vecino. Por ello mientras Valdivia ejerció el cargo de gobernador, Rodas permaneció en Santafé disfrutando de sus estrechas relaciones con los encomenderos y vecinos que a los que él benefició.⁵⁰

En 1562 los vecinos de Cartago, Anserma, Arma, Caramanta y de Santafé de Antioquia, comisionaron a Andrés de Valdivia para que en nombre de los cabildos de estas poblaciones solicitara en el Consejo de Indias la creación de una jurisdicción autónoma de la gobernación de Popayán pues ésta estaba muy alejada y las visitas de jueces resultaban muy onerosas para las poblaciones. En una de sus cartas Valdivia recordó que Carlos V había considerado la creación de la gobernación de Antioquia y que por eso ordenó al licenciado Miguel Díaz de Armendáriz que acopiara información sobre la conveniencia de esta decisión. Según Valdivia, Armendáriz nombró oficiales reales y tesorero en Antioquia al reconocer que estaba muy distante de Popayán. Sin embargo el proyecto no concluyó debido a la convulsión que originó el levantamiento de Gonzalo Pizarro contra el virrey Blasco Nuñez Vela y a la posterior ejecución de Jorge Robledo en la Loma de Pozo.⁵¹

La propuesta de los vecinos de Caramanta era que la jurisdicción de la nueva gobernación fuera desde los farallones de Caramanta hasta el Mar del Norte y el puerto de Urabá, y solicitaban que se nombrara como gobernador a Lucas de Avila, un vecino de Anserma. Los cabildos de Anserma y de Cartago apoyaron la petición pero parece que no solicitaron formar parte de la gobernación de Antioquia. En las diferentes peticiones se enfatizaba que

Colombiano de Cultura Hispánica, 1996.

⁵⁰ Sobre la creación y el reparto de encomiendas en el Nuevo Reino ver: Julián B. Ruiz Rivera, *Encomienda y mita en el Nuevo Reino de Granada*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano – Americanos. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1975.

la creación de la gobernación era necesaria para conquistar las tierras de los Catíos, para volver a fundar la ciudad de Antioquia, y para restablecer el ingreso y la salida de bienes por el puerto de Urabá porque al perderse este territorio los productos ingresaban por el Mar del Sur y sus precios eran excesivos. Así, en el poder dado por los vecinos de la villa de Santafé a Andrés de Valdivia, le solicitaban que informara a la Corona que

“estas provincias de Antioquia están perdidas y sin dar mucho fruto a sus Majestad y a sus vasallos, por no ser y haberse hecho gobernación sobre sí, desde los montes de Caramanta hasta la culata de Urabá, puerto de la Mar del Norte, en cuyo espacio se pueden poblar cuatro o cinco pueblos. Suplicar a su Majestad sea servido de hacer la gobernación sobre sí, para que estos pueblos y lo que más se poblaren sean bien gobernados y se pueda gozar de la tierra y de la riqueza de las minas que en ella hay y se traten [con] los puertos de la Mar del Norte que, por haberse cerrado, se ha perdido esta provincia y se tornará todo a recobrar habiendo persona que particularmente tenga cuidado de lo que conviene a hacerse y a proveerse en la provincia.”⁵²

En contra de lo previsto Valdivia solicitó la gobernación para él y no para Lucas de Avila. De forma poco precisa se afirma que Valdivia fue el primer gobernador de Antioquia. En realidad él recibió el título de la gobernación de *Entre los dos Ríos*, y claramente se señalaba que en su jurisdicción no podrían entrar los términos de las ciudades ya fundadas,

⁵¹ Juan Friede, *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada*. Tomo IV. 1560-1562. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1976, p. 308.

lo que incluía a Santafé de Antioquia y a San Juan de Rodas. Con ello el Consejo de Indias dejaba en manos del gobernador de Popayán, Jerónimo de Silva, el mando de dichas ciudades y el control de sus encomiendas. Sin embargo, Valdivia ocultó este hecho y por ello fue reconocido como gobernador por los vecinos de Santafé de Antioquia y de San Juan de Rodas. El nuevo gobernador advirtió la importancia estratégica de la última población, y envió soldados y suministros para auxiliar a sus habitantes, que tal vez eran treinta o menos. En cuanto San Juan de Rodas tuvo algo de seguridad se organizó una nueva expedición hacia el río Sinú en procura del oro y de los recursos que Velasco encontró en el primer viaje. Pero el fracaso de esta segunda salida, también dirigida por Velasco, en la que murieron 17 españoles y 80 indígenas de servicio, probó que la idea de crear un largo eje que uniera Santafé, las provincias de Peque e Ituango -bajo el frágil poder de San Juan de Rodas-, y las tierras del Sinú requería más soldados. Ello sólo ocurriría años después, cuando Gaspar de Rodas fundó Zaragoza, Cáceres y San Jerónimo del Monte.

San Juan de Rodas, que había sido trasladada a la provincia de Teco, y que dependía de los suministros enviados desde Santafé ante la extrema dificultad de abastecerse a expensas del trabajo de una población indígena vigorosamente hostil, nunca dejó de ser un campamento itinerante, que ni siquiera era relevante por la producción de oro. No había desaparecido por el empeño de Rodas y de Valdivia en imponer el dominio español en el nudo de Paramillo. Pero tras el regreso de la segunda expedición al Sinú se presentó un exitoso ataque indígena sobre esta, que obligó a los sobrevivientes a abandonar el valle de Teco y

⁵² Ibid., p. 286.

avanzar hasta Norisco en medio del constante acoso indígena. Como ocurrió antes, el ataque concitó las fuerzas de grupos indígenas aparentemente rivales. La información sobre el golpe a Rodas debió circular con rapidez entre las Catíos pues las comunicaciones con la villa de Santafé fueron copadas. De hecho, las noticias fueron conocidas en Antioquia gracias a los indígenas ladinos que servían allí. En estas circunstancias era más que evidente la ventaja que la topografía de la región y su milenario conocimiento otorgaba a los nativos. Además desde las colinas que se elevaban sobre la villa de Santafé los indígenas podían advertir con mucha antelación la salida de tropas españolas.

Pero el ataque a Rodas no parece haber sido el resultado de una decisión repentina de los indígenas de Teco y Norisco. Según Castellanos un indígena bautizado, y “muy ladino”, Pedro Catía, dirigió el levantamiento. Él estaba al servicio de Francisco López de Rúa y su contacto permanente con los españoles le habría permitido acceder a información valiosa sobre sus movimientos y sus posibilidades para combatir en una zona en la que la ventaja que otorgaban los caballos en terrenos planos se reducía notoriamente. Sobre Catía y sobre estos hechos, los datos de los cronistas, escritos al final de una larga cadena de narraciones orales, dejan muchas dudas, pues no es claro si Catía todavía estaba al servicio de los españoles cuando dirigía los ataques indígenas. Castellanos señaló que Catía consiguió el respaldo de numerosos caciques para que ampliaran las zonas de cultivo a fin de sostener un prolongado enfrentamiento.⁵³

Valdivia salió con una tropa de 50 hombres para auxiliar a los supervivientes, con quienes se reunió en Norisco. Con ellos decidió volver a levantar la ciudad de Rodas en el nudo del

Paramillo, donde Gaspar de Rodas la fundó inicialmente. Pero la resistencia indígena no cesó y la ciudad –o lo que sea que hayan sido los ranchos a los que se les daba el nombre de San Juan de Rodas-, también fue atacada.

Las narraciones sobre los ataques y la forma como se defendieron los españoles pueden parecer irrelevantes pero ello no fue así para los peninsulares que sobrevivieron y para sus herederos. Los cronistas buscaron rescatar el mérito de los soldados en lo que obviamente resultaron ser graves reveses y no dudaron en presentar como victorias francas derrotas. Mas adelante veremos como el honor de las familias del XVII exigía conservar de manera cuidadosa el recuerdo las acciones individuales de los soldados que participaron en estas expediciones pues sólo así sus herederos –en muchas ocasiones pobres vergonzantes-, encontraban un paliativo para compensar la humillación de su situación económica. Así, dichas historias tenían el doble propósito de enmascarar situaciones poco afortunadas y de crear pequeños mitos de extraordinaria importancia local.

No hay forma de saber cuan veraces fueron los relatos pero ellos permitieron que los soldados de Antioquia pudieran hacer de la participación en este rosario de humillaciones la base del honor y de la dignidad que muchos no tuvieron al nacer. Por ello, una y otra vez, los hijos, los nietos, o aún los esposos de las nietas de estos soldados consideraban necesario narrar estas supuestas hazañas 50 o 60 años después al solicitar alguna merced.

⁵³ Juan de Castellanos, op. cit., pp. 1005-1010

Cuando lo hacían callaban con sutileza los momentos de infortunio y exageraban pírricas victorias.⁵⁴

En diciembre de 1573 Valdivia recibió la confirmación de que en su jurisdicción no entraban Antioquia ni San Juan de Rodas. Con esta decisión el Consejo de Indias y la Real Audiencia pusieron fin a las dudas que hasta la fecha permitieron que él ejerciera su mando sobre esas poblaciones. Esta decisión sólo dejó en manos de Valdivia la margen derecha del Cauca, pues como ya se ha dicho en esta zona no se habían realizado fundaciones previas. Con el pretexto de auxiliar a los pocos hombres que había en San Juan, Valdivia se dirigió hacia allí con los soldados que pudo sacar de Antioquia y al llegar convenció a toda la tropa de la inutilidad de seguir intentando mantener con vida la población en medio de los Catíos, aunque no les informó la decisión del Consejo de Indias. Sugirió a los soldados que era más conveniente cruzar al otro lado del Cauca para probar fortuna entre los Nutabes. De acuerdo con la información proporcionada por Castellanos, Valdivia esperaba que como los españoles no habían recorrido la otra banda del Cauca, los nativos que la poblaban no tendrían razones para rechazarlos.

El ardid dio los resultados esperados y cuando los soldados cruzaron el Cauca en la región del valle de Guarcama –al que Valdivia llamó San Andrés–, les informó la decisión del Consejo, y las razones del engaño. Dio licencia para que los soldados que quisieran

⁵⁴ Siempre que Castellanos conocía los nombres de los soldados que intervenían en las diferentes acciones contra la población indígena los proporcionaba. Por ello se lamentaba de no poder hacerlo con los soldados que estaban en San Juan de Rodas: “*Y de todos los demás, que no pasaban /de treinta y seis, con los recién venidos./ De cuyos nombres no se me dió copia/ Para los celebrar, según merecen/ Tan raras valentías y hazañas*”; Juan de Castellanos, op. cit., p. 1009.

regresar a Antioquia lo hicieran pero el único que lo hizo fue Antonio Machado, un encomendero de Santafé de Antioquia.

Si Rodas fue abandonada por el engaño de Valdivia, sus vecinos tampoco tenían muchas razones para resistirse a la mudanza: en sus tres años de azarosa vida no pudieron controlar a la población indígena y por lo tanto no tenían seguridad ni mano de obra para explotar las minas dado el caso de su hallazgo; aislada por completo, la población dependía totalmente de la villa de Santafé de Antioquia para el suministro de alimentos, ropa y utensilios y no pudo crear un eje de comunicación con el Mar del Norte.

Otello entre los Nutabes

Lo que ocurrió en los meses siguientes marcó profundamente la memoria de los españoles en Antioquia y reforzó los argumentos de quienes, como Vargas Machuca, consideraban una insensatez tratar a los indígenas con benignidad. Cuando los cronistas se ocuparon de estos hechos buscaron sostener el sentido trágico de sus narraciones pues era un recurso necesario para develar el sino de fatalidad que selló los últimos días de Valdivia.

La historia puede sintetizarse brevemente: en el valle de Guarcama los Nutabes presentaron resistencia a los españoles, aunque estos pudieron aprovisionarse de alimentos y de mantas que ellos producían para intercambiarlas con los Tahamies y con los Catíos. Con ayuda de tropas de Antioquia, Valdivia, que en principio tenía 46 soldados, 20 esclavos suyos y 200

indios de servicio, abandonó el valle y fundó sobre la loma de Nohava la ciudad de Ubeda a mediados de 1574. Como en el caso de los Catiós con la fundación de San Juan de Rodas, los Nutabes respondieron a las agresiones de los españoles. Un indicio de la densidad de la población en Guarcama se colige del hecho de que Juan de Castellanos proporcionó los nombres de 16 indígenas *principales*, que gobernaban las comunidades del valle y que se unieron para combatir a los españoles. Después de seis meses de choques, la intensidad de los enfrentamientos disminuyó y se produjo una tregua que permitió la renovación del intercambio de mantas, sal y oro en la zona.⁵⁵

Por la forma como se narraron los hechos, la paz con los Nutabes fue la causa de la muerte de Valdivia, pues Bartolomé Sánchez Torreblanca, el encomendero de los Tahamies, los indígenas que vivían al sur de los Nutabes, movió los hilos para perder al gobernador. Mientras que Valdivia trataba de controlar el valle de San Andrés, Sánchez consiguió que el gobernador de Popayán le concediera la encomienda de los Tahamies. Él y otros vecinos de la villa de Santafé que no participaron en las campañas dirigidas por Valdivia, fueron acusados de haber obtenido algunas encomiendas usando de *malicia*. Así cuando Valdivia terminó de pacificar el valle, Sánchez reclamó el gobierno de los Tahamies. Estos controlaban todo el intercambio de la sal en el cañón del Cauca, aunque los testigos que escribieron sobre estos hechos informaron que ellos no la producían. Al tener la encomienda y el poder para exigir los tributos a los indígenas, Sánchez se lucró de este comercio y adquirió más poder que el gobernador. En las pesquisas que se adelantaron

⁵⁵ “*Eran los principales y caudillos, / Que tenían distintos sus albergues, / Do cada cual mandaba sus subyectos, / Guarcama, Cuerpía, Pipimán, Oceta, / Maquira y Aguasici, pero destos / Divisos y apartados mas afuera / Del valle muchos otros, como fueron / Omoga, Neguerí, Yusca, Aguataba, / Abaniquí, Cüercia, Taquiburí, / Moscataco, Cuerquici, con Carime, / Y otros algunos hombres belicosos, / Flecheros, carniceros y herbolarios.*”; Juan de Castellanos, op. cit., p. 1019.

sobre la muerte de Valdivia los testigos coincidieron en afirmar que Sánchez se unió con el cacique Pedro Tahamí para acabar con el gobernador. Paulo Hernández de las Heras, el procurador de Cáceres en 1576 escribió acerca de la influencia de Sánchez en la zona y de su responsabilidad en dicha muerte, que:

“Con lo cual y el poder absoluto y tiránico que el dicho Bartolomé Sánchez tiene sobre el dicho repartimiento de Tachamí y ha tenido y tiene sobre los naturales de estas provincias por el rescate de la sal, usando con ellos de su secreta [y] oculta maldad y peor consejo [y], fueron parte para desbaratar y destruir esta dicha población y conquista, siendo con ello causa quebrasen la paz y que perdiendo la obediencia y respeto de Su Majestad se cometiese la traición de las dichas muertes, arrimada la ocasión de insaciable codicia del dicho rescate y con ella, el dicho Bartolomé Sánchez como encomendero del dicho Tachamí, hacerse y mostrarse mortal enemigo del dicho gobernador y sus gentes, usando de la propia traza y enemiga Francisco López de Rúa, uno de los pretendores injustos de indios de este dicho valle, siendo para los dichos daños poderoso el dicho Bartolomé Sánchez Torreblanca, como quien por el dicho rescate suena su voz y persona entre todos los naturales de guerra de estas dichas tierras y provincias.”⁵⁶

Aunque la muerte de Valdivia fue decretada desde la villa de Santafé por Sánchez, los cronistas prefirieron enfocar atención sobre los actos de los indígenas que lo atacaron para

⁵⁶ Juan Friede, *Fuentes*, op. cit. t. VII, pp. 108-109.

ofrecer a los lectores una narración en la que el sacrificio y la resignación del gobernador ante su cercana muerte se contraponían a la sevicia y barbarie de sus vencedores.

Pero antes de recurrir a la alianza con los Tahamies los enemigos del gobernador pusieron en juego una sutil treta que debía destruirlo moralmente. Cuando él se hallaba en el valle de San Andrés recibió una carta anónima en la que le advertían que su mujer, que vivía en la ciudad de Victoria, había premiado la ausencia de su esposo con un frondoso par de cuernos. En una sociedad que cifraba el honor de los hombres sobre la honra de sus mujeres, al ultrajar el buen nombre de la esposa de Valdivia, éste perdía todo su prestigio y el respeto de sus soldados.⁵⁷ La reacción del gobernador parece un juego de sombras con los relatos de la literatura picaresca española y resuena con el drama de Otello, pues, literalmente, Valdivia perdió la razón. En el colmo de su desespero despobló Ubeda, cortó las piernas de los caballos, emprendió jornadas suicidas y ejecutó a uno de sus soldados por un asunto baladí. Algunos de sus hombres intentaron llegar a la villa de Santafé para quejarse contra el gobernador pero los indígenas les dieron muerte. El extravío culminó con la fundación de una población a orillas del Cauca, en Pesquerías.⁵⁸

Finalmente tres soldados que se arriesgaron a viajar en canoas por el Cauca lograron llegar a Mompox y de allí viajaron hasta la Audiencia de Santafé para denunciar los abusos de Valdivia. Esta envió un juez visitador al que acompañaron dos cuñados de Valdivia que habrían convencido al gobernador que su esposa le era fiel.

⁵⁷ Acerca de la importancia del honor en la sociedad colonial y su relación con las prescripciones que regían la sexualidad femenina ver: Lyman L. Johnson and Sonya Lipsett-Rivera. (editors) *The faces of honor. Sex, shame and violence in colonial Latin América*. Albuquerque: University of New México Press, 1998

En cuanto Valdivia llegó a un acuerdo con el juez, un portugués llamado Antón Gómez, dividió las pocas fuerzas que tenía: Gómez marchó a Pesquerías, Francisco Maldonado pasó al otro lado del Cauca y el gobernador, acompañado con sus cuñados, trece soldados y unos quince esclavos, se quedó en el valle de San Andrés, aunque poco después lo abandonaron seis soldados disgustados porque presumían que Valdivia entregaría las encomiendas a los cuñados.

Los indígenas no desaprovecharon la evidente debilidad de los tres grupos en que se dividió la tropa de Valdivia y realizaron ataques simultáneos.⁵⁹ Él y sus pocos acompañantes murieron. Maldonado y el visitador Gómez también fallecieron, aunque algunos soldados pudieron escapar. Sin embargo, al huir hacia Antioquia tuvieron que pasar al lado de las cabezas del gobernador y sus hombres, cuyas muertes confirmaron que por el momento no era posible seguir gastando vidas y recursos en las campañas del norte.

Como corolario del carácter ominoso que Castellanos y Simón querían depositar en sus descripciones sobre los últimos momentos de Valdivia era necesario crear diálogos apócrifos entre el gobernador, sus soldados y los Nutabes para enfatizar las diferencias entre los peninsulares y los nativos. Ninguno de los acompañantes españoles sobrevivió pero tenemos los textos de Castellanos y de Simón en los que narraron con detalles el ataque y los supuestos diálogos con Quime, el cacique que le dio muerte al gobernador.

⁵⁸ *“Ministros del demonio que no faltan/ turbaron sus propósitos modestos/ Usando de un ardid abominable,/ Y tal que después dél fueron sus obras / De frenético, loco, furioso, / Sin atinar a cosa que cumpliese.”*; Juan de Castellanos, op. cit. p. 1023.

Simón llegó al punto de escribir que mientras Valdivia, quien fue herido con una flecha en la cara, permanecía sentado sobre una piedra, Quime, que lucía la turca de damasco azul guarnecida de terciopelo carmesí, que le había quitado al gobernador, así como su gorra de rizo, caminaba frente a éste mientras le decía a un indígena ladino de Valdivia, *“Dile a este bellaco gobernador que por qué no me dice ahora ‘perro, perro’, como solía. Que él es el perro y el bellaco ladrón, y que como a perro bellaco me lo tengo de comer yo ahora, en pago de los males que ha hecho a mí y a los míos.”* Como Valdivia habría tratado de disuadir a los indígenas de sus propósitos advirtiéndoles que el Rey tomaría venganza, Quime le replicó que *“yo me lo comeré a él ahora como conejo o como venado, y que cuando su Rey envíe acá otros españoles, también habrá manos y dientes para ellos.”*⁶⁰

Otros detalles, especialmente en Simón, son macabros: después que Valdivia murió de un golpe de macana en la cabeza,

“al punto arremetieron cuatro, y desnudándolo, le cortaron la cabeza y se bebían la sangre a cual más podía, como perros en el matadero. Hicieron en un punto cuartos y le comieron los hígados allí luego, sin llevarlos al fuego, repartieron la carne entre los más principales... A un portugués llamado Gudiño, por ser muy viejo flaco y enfermo, empalaron, por no haber nadie que se atreviera a comerlo, como tampoco al negro Gaspar, por las muchas

⁵⁹ Según Juan Friede estos hechos se presentaron en 1576 y no en 1574 como afirmó Simón; Fray Pedro Simón, op. cit. Tomo VI, p. 64. Nota 1.

⁶⁰ Ibid., Tomo VI, pp. 67 - 69

flechas venenosas con que había muerto, aunque un vejezuelo, con contrayerba, supo sazonar la carne, que también se comió”⁶¹

Relatos como éste, en el que el autor utilizó su imaginación para unir algunos hechos verídicos, y de paso darle color y sabor a sus historias, eran comunes en los cronistas. Pero con ello se buscaba otro propósito: a través de estos diálogos o estas descripciones de gestos, prácticas y actitudes, se pretendía extraer un mensaje moral de hechos trágicos. En este caso, los diálogos ficticios deberían dar una apariencia de verosimilitud para definir y expresar con claridad las ideas de los europeos sobre el abismo que según ellos los separaba de los indígenas. Así como con suma brevedad se describían los tormentos a que eran sometidos los indígenas a lo largo de todas las campañas españolas, la pormenorizada descripción de la muerte del gobernador era el recurso más adecuado para que el lector aprobara el severo castigo que llevó a cabo Rodas para vengar la muerte del gobernador. El diálogo entre Valdivia y Quime, ya sea en la versión de Castellanos o en la de Simón, nos muestra a un gobernador que frente a su inminente muerte conserva su dignidad y promete la clemencia imperial a su vencedor en caso que este le perdone la vida. En las *Elegías* Castellanos describió la serenidad de Valdivia mientras intentaba de tocar las fibras de hidalguía en su contrario al decirle que, “*matar a un hombre solo/ Antes es poquedad que valentía,/ Y dejándome ir haréis un hecho/ De virtud y de honor y gran provecho.*”; de lo contrario, aseguró que su muerte sería vengada, “*pues del menor hasta el mayor caudillo / Habéis de pasar todos a cuchillo.*” Para subrayar el contraste a Castellanos sólo le restó caracterizar a Quime como cacique “furioso, de mala digestión, protervo, duro.”⁶²

⁶¹ Ibid., pp. 69-70

⁶² Juan de Castellanos, op. cit. p. 1031

El diluvio en el Cauca

La muerte de Valdivia y las de sus compañeros en Pesquerías y en la banda izquierda del Cauca detuvieron transitoriamente los esfuerzos de los españoles para crear bases de exploración en esas regiones y aunque se enviaron expediciones desde la villa de Antioquia en ayuda de los sobrevivientes, el dominio de los indígenas fue innegable. Sabemos que los pocos vecinos que quedaron en Antioquia pasaban las noches a duermevela, pues esperaban que la villa también fuera atacada. Los indígenas de servicio que tenían en sus hogares debían exagerar los rumores sobre la presencia de sus parientes en las inmediaciones de la villa. Seguramente el maltrato ejercido por los encomenderos de Antioquia, y que el visitador Herrera Campuzano documentó con minucia, fue en algún momento una forma de cobrar en el calor de la vida doméstica el éxito de los Nutabes en salvaguardar sus territorios.

¿Cuál fue el significado de dichas victorias para los mismos indígenas? No hay información precisa sobre las repercusiones de éstas entre los Nutabes, excepto que los desplazamientos de los españoles cada vez fueron más difíciles porque los nativos se tomaron los caminos. Aunque los vecinos de Antioquia tenían razón al acusar a Sánchez Torreblanca y a su bando de incitar a los indígenas para dar muerte al gobernador, ello ocurrió porque éstos últimos tenían la fuerza y los recursos para hacerlo.

Un indicio del efecto psicológico que produjo la victoria entre los indígenas de la región puede rastrearse en una extraña historia narrada por Castellanos y Simón. El relato, en cualquiera de las versiones, recrea una atmósfera de profundas tensiones entre la población indígena, las cuales apenas podremos intuir, y alude a los complejos mecanismos psíquicos y sociales que produjo la conquista. De otro lado, es un testimonio de la forma como viejas creencias europeas fueron utilizadas como referente por los cronistas para interpretar actitudes indígenas. Al hacerlo tomaron rumores que posiblemente se apoyaban en hechos verosímiles y los reelaboraron para ofrecer a los lectores referencias conocidas y que hacían parte del sinfín de leyendas medievales.⁶³

Castellanos y Simón narraron que el 6 de marzo de 1576 un “demonio” llamado Sobze, quien vestía de negro, tenía fiero aspecto y que sólo podía ser visto por los nativos sin bautizar, auguró, por medio de tres *jeques* –como se llamaba a los mohanes o hechiceros-, que en seis días comenzaría un diluvio que inundaría toda la región y que acabaría con los españoles de la villa. Sobze fue presentado como el *familiar*, es decir, el demonio particular, de una anciana, “gran hechicera” a la cual Sobze llamaba madre. Según los cronistas la anciana tenía una joven hija muy hermosa, que era llamada hija del Sol. Cuando la vieja hablaba a los indígenas lo hacía montada sobre Sobze.

⁶³ Las diferentes funciones de los relatos como éste en los cronistas han sido objeto de diversos estudios. Éstas historias, en las que es muy fuerte la presencia de la tradición oral tenían propósitos didácticos y también servían para cerrar relatos mas extensos o para ilustrar situaciones extremas; Louise Bénat Tachot, “El relato corto en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernandez de Oviedo.” En Karl Kohut y Sonia V. Rose (eds.) *La formación de la cultura virreinal. I La etapa inicial*. Madrid: Iberoamericana – Frankfurt am Maim: Vervuert, 2000.

Del diluvio sólo serían salvados los nativos que subieran a tres cerros señalados por Sobze. Los rumores corrieron velozmente pues el 12 de marzo no quedaban indígenas en la villa de Santafé porque se dirigieron hacia la cordillera.

Ese día cuando los tres jeques llegaron al valle de Ebéjico fueron confrontados por Juan Bautista Vaquero -un sobrino de la esposa de Bartolomé Sánchez Torreblanca-, que había llegado a Antioquia a los siete años de edad y que dominaba las lenguas indígenas. Cuando corrió el rumor del diluvio Bautistilla vivía retirado entre los nativos pues se le acusaba de instruir a los Tahamies y Nutabes para darle muerte a Valdivia, conforme a las órdenes de Sánchez. Gracias a su locuacidad Vaquero o *Bautistilla* habría convencido a los dos jeques más jóvenes que estaban siendo engañados. Sin embargo, el más viejo no estuvo dispuesto a apartarse de sus creencias y retó a Vaquero para que cada uno probara el poder de sus dioses. Bautista habría respondido que su dios no tenía que demostrar nada y que el jeque mentía al prometer que Sobze destruiría a los españoles. El jeque replicó que haría danzar una rocas en el aire, luego se purificó en una quebrada, hizo sahumerios y trató inútilmente de cumplir su promesa en medio de una población expectante por el singular enfrentamiento. En réplica a las burlas que recibió le dijo a Bautista que Sobze lo retaba para que subiera al peñol de Nuta en donde demostraría su superioridad. Bautista accedió y respondió que también en el peñol probaría que Sobze no tenía ningún poder.

En compañía de unos 300 indígenas comenzaron el ascenso que terminó cuando ya se había puesto el sol pues el cerro distaba tres leguas del valle de Ebéjico. Durante toda la noche el jeque estuvo invocando a Sobze para que al día siguiente desatara el diluvio. Cuando ello no ocurrió Bautista terminó de desprestigiar al viejo mohán y convenció a numerosos

indígenas para que se bautizaran. Esta historia ejemplar en la que resuenan los ecos del Antiguo Testamento finaliza cuando se indica que la hermosa hija de la vieja indígena que invocaba a Sobze fue bautizada, mientras que su madre fue expulsada de la provincia.⁶⁴

Hasta aquí la historia como la narró Simón, quien parafraseó a Castellanos. Éste último escribió que la información con base en la cual relató la historia de Sobze la recibió de Juan de Vargas, el próspero escribano de Tunja, quien por encontrarse en Antioquia cuando se presentaron los hechos fue uno de los encargados de disuadir a los nativos del engaño. Castellanos también escribió que tenía una segunda versión de los hechos firmada por un testigo tan fiable como Juan de Vargas. Parece pues verosímil que los indígenas de Antioquia sí creyeron en la inminencia del diluvio o que los españoles asumieron que fue así.⁶⁵ Sin embargo este relato fue tratado como una historia ejemplar o como una parábola que debía reforzar el sentido providencial de la conquista en un momento en el que las armas españolas tuvieron un importante revés.

No parece una casualidad que este rumor se haya presentado después de la muerte de Valdivia. ¿Fue la creencia en el diluvio la expresión más visible de la sensación de optimismo que debió producir entre los indígenas el fin del gobernador? ¿Su muerte fue

⁶⁴ El sentido moral de este final es evidente. La comparación con otra historia sobre los salvajes y los civilizados, *La Tempestad* de Shakespeare, escrita en 1611, es inevitable. Ariel y sus protegidos triunfan sobre Calibán y sus primigenios instintos. Sobze, Calibán del Cauca, es vencido y su madre, cual Sycorax de Ebéjico, es expulsada del mundo civilizado y arrojada a la naturaleza.

⁶⁵ Hace poco la antropóloga Carmen Bernand estudió la forma como los milenarismos andinos fueron manipulados por la Iglesia y por los criollos. La ceremonia de posesión del presidente peruano Alejandro Toledo en las ruinas de Machu Pichu y su identificación como un segundo Pachacutec que representaría un gozne en el flujo del tiempo se inscribe en esta tradición. Hay que recordar que, irónicamente, otro Toledo, el virrey Francisco, también se hizo reconocer por los representantes de los cuatro suyus en Cuzco, tal como lo relató Guamán Poma de Ayala; Carmen Bernand, "Milenarismos incas: Construcciones nacionales y republicanas". En: Adeline Rucquoi, José Emilio Burucúa et. al. *En Pos del Tercer Milenio. Apocalíptica, Mesianismo, Milenarismo e Historia*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1999.

interpretada como un presagio de la derrota de todos los cristianos y de su dios? En otro contexto los sacerdotes mexicas creyeron que la vida no tenía sentido porque sus dioses habían sido vencidos⁶⁶, pero, ¿qué ocurría cuando los españoles eran derrotados? Posiblemente, después de años de espera los jeques de Antioquia que aún persistían en las viejas creencias encontraron el momento propicio para reprochar a quienes se apartaron de ellas para aceptar la nueva religión. Castellanos escribió que Sobze, “*les hizo creer ser el inmenso / Hacedor de alta y baja monarquía, / Y que las ceremonias que tenían / Antes que conociesen a cristianos / Eran buenas y tales, que con ellas / Habían de serville si querían / Gozar de su favor en todo tiempo.*”⁶⁷

¿Cómo explicar esta historia? Es poco verosímil que toda sea un invento y el núcleo de ella -las divinidades indígenas destruirían a los españoles-, revela un aspecto muy poco conocido: los nativos de la región, que aniquilaron a las fuerzas españolas y habían destruido tres o cuatro veces a Antioquia, dos o tres a San Juan de Rodas y dos a Ubeda, confiaban en que sus dioses también vencerían al dios de los españoles.⁶⁸ ¿Fue la confianza en sus fuerzas la que permitió que se pusiera en marcha el rumor de Sobze?

La permanente resistencia armada de los indígenas de la región indica que posiblemente nunca vieron a los españoles como seres superiores. Vázquez de Espinosa escribió que los

⁶⁶ En los Coloquios de los Doce, que se llevaron a cabo en 1564, los ancianos sacerdotes mexicas defendieron con majestuosa dignidad y lucidez su apego a las creencias de sus padres. Sin embargo no negaban el impacto que tuvo la conquista en sus creencias: “Si debemos morir, muramos; si debemos perecer, perezamos. En verdad eso también le sucedió a los dioses.”; Christian Duverger, *La conversión de los indios de la Nueva España. Con el texto de los Coloquios de los Doce de Bernardino de Sahagún. (1564)*. Quito: Ediciones ABYA-YALA, 1990, p. 82.

⁶⁷ Juan de Castellanos, op. cit., p 1037.

⁶⁸ No hay información fidedigna acerca de las creencias indígenas en la región y reconozco que el término “divinidades” puede ser inadecuado.

indígenas de la sabana de Bogotá llamaban al español *Iuc*, “que quiere decir señor”. Sin embargo, “En el mismo Nuevo Reino, en la gobernacion de Antioquia, los Indios de la Prouincia donde está fundada la ciudad de Caceres, hablan la lengua Nutabé, llaman al Español, *Ai*, y el mismo nombre dan al demonio...”⁶⁹

Este tipo de rumores posiblemente fueron respuestas colectivas frente a una situación de extraordinaria tensión. Una respuesta de naturaleza similar, aunque mucho más elaborada, fue la que se presentó en el Perú. Allí las comunidades andinas continúan representando dramas, llamados wancas, en los que se mantiene viva la idea del retorno del Inca. A falta de una victoria real, los vencidos no han dejado de interpretar victorias imaginarias.⁷⁰

Una vez que el rumor del diluvio llegó a oídos españoles es posible que lo hayan enriquecido con elementos que formaban parte de las tradiciones populares europeas. Por ejemplo, en numerosas ocasiones los cronistas identificaron a mujeres indígenas como brujas por su vejez y fealdad. En las obras de Castellanos y de Simón es frecuente la intervención de mujeres indígenas que engañan o salvan a los españoles.⁷¹

Las amenazas difundidas por los jeques en nombre de Sobze tenían elementos mesiánicos y apocalípticos en los que no es improbable que mitos de origen indígena sobre la creación y

⁶⁹ El transcriptor y editor del manuscrito de Vázquez de Espinosa, Charles Upson Clark, advirtió en el prólogo al *Compendio* del carmelita el doble sentido que éste anotó para la palabra *Ai*; Gregorio Vázquez de Espinosa, op. cit., pp. xi, 31.

⁷⁰ Nathan Wachtel, *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española. (1530-1570)*. Madrid: Alianza Editorial, 1976, pp 63-92; Jan Szemiski, “El mundo andino dominado por los «muertos rebeldes»” En, Miguel León-Portilla/Manuel Gutiérrez Estévez et. al. (eds.) *De palabra y obra en el Nuevo Mundo I. Imágenes interétnicas*. Madrid: Siglo XXI, 1992, p. 184.

⁷¹ “La vieja ofrece, con sus carnes flácidas, el espectáculo de la degeneración que para los autores y los pintores renacentistas se opone a la belleza escultórica del joven cuerpo femenino. La sátira de la vejez y sus

la destrucción del mundo se hubieran confundido con las enseñanzas de los sacerdotes católicos acerca del Diluvio Universal. Que la villa de Antioquia hubiera quedado sin indígenas demuestra que el poder que todavía conservaban los viejos jeques no era despreciable.

La dureza con la que Simón se refirió a los jeques, considerados como los defensores de la idolatría, también se relaciona con las campañas que la iglesia posttridentina realizaba en la sabana para detectar las sutiles formas en las que ante los ojos de los españoles se conservaban y se enseñaban las creencias de la tierra:

“Son estos mohanes la pestilencia de nuestra santa fe católica y los que atajan la corriente de la conversión de estos naturales, porque todo cuanto los sacerdotes enseñan de día, ellos contradicen y desdeñan de noche en lugares ocultos y retirados, donde de ordinario hablan con el demonio.”⁷²

Historias con visos proféticos como la de Sobze no eran desconocidas en los Andes. El movimiento que más se ha estudiado en los últimos años y que fue conocido gracias a las investigaciones del historiador peruano Luis Millones es el de *Taki Onqoy*. Recientemente Jeremy Munford hizo un valioso balance historiográfico sobre éste.⁷³

connotaciones maléficas es a su vez un aspecto netamente presente en las crónicas de Indias.”; Louise Bénat Tachot, op cit., pp. 108-109.

⁷² Fray Pedro Simón, op. cit., tomo VI, p. 118.

⁷³ Jeremy Munford, “The taki onqoy and the Andean Nation: Sources and interpretation”. In: Latin American Research Review. Albuquerque: University of New México, 1998, Volume 33, Num. 1, pp. 150-163

En *Relación de las fábulas y Ritos de los incas* Cristobal de Molina recogió en 1574 los primeros informes sobre el movimiento, que fue descubierto en la región de Huamanga –hoy Ayacucho– en 1565. El *Taki Ongoy* –enfermedad de la danza– parece haberse extendido por Lima, Cuzco y La Paz, y Molina indicó que estaba relacionado con la existencia del gobierno inca independiente en las montañas de Vilcabamba. Los indígenas que participaron en él confiaban en que pronto terminaría la *mita* –el turno–, de los españoles y gracias al poder de las huacas volvería el tiempo de los incas. Esto ocurriría porque un diluvio destruiría las ciudades españolas. Los profetas del movimiento preconizaban que no había una diferencia esencial entre el dios de los cristianos y las huacas, pues mientras el primero había creado a los españoles y a sus animales, las huacas hicieron lo propio con los incas y con las plantas y animales de los Andes. Una característica del movimiento era la pureza cultural que buscaba al prohibir que los indígenas consumieran alimentos españoles, se vistieran como los invasores, acudieran a la doctrina o utilizaran los nombres de los cristianos. Otro rasgo novedoso fue la forma como se comenzó a manifestar la voluntad de las huacas. Tradicionalmente ellas podían ser accidentes del paisaje, como una cascada, una caverna o un monte, u objetos elaborados con metales preciosos, con piedra o con madera y que eran reverenciados en cada comunidad. Desde los primeros años de la conquista los españoles destruyeron cuantas huacas pudieron y trataron de cristianizar los espacios sagrados de los indígenas levantando capillas y santuarios católicos. Pero con el *Taki Ongoy* las huacas se incorporaban en determinados individuos a través de los cuales manifestaban sus deseos después que estos habían entrado en estados extáticos tras participar en danzas y en rituales que podían durar varios días.⁷⁴

⁷⁴ En 1590 se presentó otro movimiento mesiánico en la región de Apurímac, el *Muru Ongoy*, “enfermedad

Cuando el movimiento fue descubierto la Iglesia respondió con un programa de extirpación de la idolatría, pero no fue claro en qué consistió el mismo. En 1964 el historiador peruano Luis Millones encontró una segunda fuente sobre el *Taki Onqoy*: las informaciones de servicios de Cristóbal de Albornoz con testimonios de 1569, 1570, 1577 y 1584. En estos testimonios Albornoz, visitador eclesiástico del obispado de Cuzco, se atribuyó un importante papel en la extirpación del movimiento y fue él quien que le dio el nombre de *Taqi Ongoy* o *Aira*. Molina escribió que Albornoz identificó a dos líderes del movimiento que luego fueron llevados a Cuzco. Pero otros testigos dijeron en 1570 que en el movimiento intervenían dos mujeres a las que llamaban Santa María y Santa María Magdalena y que se hacían adorar como santas. En 1967 el historiador francés Pierre Duviols publicó otro manuscrito de Albornoz que halló en el Archivo de Indias: *Instrucción para descubrir todas las guacas del Pirú y sus camayos y haciendas*. En la *Instrucción* Albornoz planteó que el movimiento formaba parte de una campaña inca integral para alcanzar la reconquista. También advirtió el importante papel cumplido por los ladinos que vivían entre los españoles y a los cuales buscaban los indígenas del movimiento para convertirlos en sus agentes y para enviarlos a difundir las ideas sobre el retorno de las huacas. Pero el movimiento buscaba el regreso de las huacas oficiales -la más poderosa era la de Pachacamac-, y por ello eran ejecutados los camayos -sacerdotes- de las huacas locales que se percibían como una amenaza contra religión incaica.

de las manchas", que estuvo asociado a la presencia de una epidemia y que también se caracterizó por un profundo rechazo a las prácticas y rituales del catolicismo. Los caciques locales llegaron al punto de declarar nulos los matrimonios católicos entre indígenas; María Concepción Bravo Guerreira, "Milenarismo y resistencia cultural en la historia de los pueblos andinos." En: Adeline Rucquoi, José Emilio Burucua et. al.

En 1964 Millones presentó el movimiento como una campaña de defensa cultural de vastas dimensiones que en 1613 inclusive llegó al norte de Argentina y en la que posiblemente hubo manifestaciones sincréticas producto de la convivencia de las dos creencias durante treinta años.

En 1971 Pierre Duviols suscribió el argumento de Millones aunque añadió que era una reconquista del poder incaico en dos frentes: contra los españoles y contra las huacas locales. Pero el colapso de *Taki Onqoy* fue inevitable después de la ejecución de Tupac Amará en 1572 porque él era el símbolo viviente de la autoridad civil y religiosa en el mundo incaico.

Otra interpretación muy diferente señala que el movimiento fue una expresión de defensa de la cultura popular andina que había sido dominada por la dinastía cuzqueña. Munford considera que este desplazamiento interpretativo estuvo relacionado con la revisión historiográfica que en los años setenta llevó a prestar más atención a la historia social que a la historia política y que se interesaba en hacer una historia “desde abajo”. En el terreno de la historia andina este cambio implicó que se relativizara la importancia del estado incaico, el cual no habría podido sofocar por completo las costumbres y creencias locales de las provincias que formaron el Tawantinsuyu. Uno de los más destacados defensores de esta interpretación fue el fallecido Franklin Pease. Él señaló un problema que no detectaron Duviols y Millones: si el sol era el dios más importante de la dinastía incaica, ¿por qué no aparece relacionado en descripciones sobre el ritual de *Taki Onqoy*? Pease también señaló

que el movimiento no revivió los ritos o ceremonias de la era incaica y que, por el contrario, fue una vieja creencia popular que se levantó contra la antigua religión oficial.

Munford señala que algunos investigadores vieron en Taki Onqoy un gesto de desespero o de patología social. Si el primer grupo vio el movimiento como defensor de la cultura nativa, éste lo consideró como un movimiento irracional, como lo hizo Nathan Wachtel en 1971. Wachtel definió, como Duviols, el *Taki Onqoy* por su relación con los incas fugitivos de Vilcabamba e hizo notar que los de Vilcabamba usaban sin recato la tecnología española mientras que el *Taki* buscaba la pureza cultural pero no exigía la revuelta.

Una última teoría apunta a que detrás del *Taki Onqoy* había un intento para desprestigiar a los dominicos porque ellos insistieron en proteger las danzas indígenas. Al descubrirse que en los bailes se conservaba la idolatría los enemigos de la orden encontraron un poderoso argumento para atacar la permisión de los herederos de Las Casas.

Los puntos de contacto entre el *Taki Onqoy* y la historia de Sobze son evidentes, así como sus divergencias. En primer lugar, y de acuerdo con la información actual, difícilmente se puede considerar lo que ocurrió en Antioquia como un *movimiento* en el sentido que se aplica al Taki Onqoy, aunque la ausencia de un culto estatal similar al que tenían los mexicas o los incas pudo dificultar que se descubriera la supervivencia de las creencias indígenas. En los relatos es claro el reproche de los jeques a los indios ladinos o bautizados, quienes por su falta de pureza no podrían ver a Sobze.

Ambos cronistas señalaron que los vecinos de Antioquia temían que los jeques podrían inducir a los indígenas a suicidarse arrojándose desde las montañas. Sin embargo no parece haber indicios de que posteriormente se hubiera conservado la expectativa apocalíptica en la región. Por otro lado, el relato tiene un sentido admonitorio que invitaba a los lectores a recordar que pese a los momentos de infortunio de las armas españolas, estas contaban con la protección divina y al final saldrían vencedoras.

Bautistilla fue un extraordinario caso de indianización. El representa la imagen invertida o el contrapunto de los indígenas hispanizados o “muy ladinos”, como Pedro Catía. Simón indica con claridad que actuaba como “el más ladino cacique”⁷⁵ ¿Cuál fue su papel en esta confusa historia? Seguramente Castellanos aprovechó algunos breves datos –un criado de Sánchez Torreblanca que vivía entre los indígenas les hizo ver que el diluvio nunca ocurriría- para presentar a Bautistilla como un profeta bíblico que puso en juego su vida para desenmascarar a los jeques. El sentido evangélico que presenta el relato es inocultable: Bautista, cómplice en la muerte del gobernador -y por lo tanto reconocido pecador-, es elegido para dar testimonio de la verdadera religión.⁷⁶

La historia también pone al descubierto un aspecto poco estudiado de la coexistencia de los españoles y de los nativos en Antioquia durante la segunda mitad del siglo XVI. Los

⁷⁵ “El cual habiendo venido a aquella tierra de siete u ocho años, edad acomodada para aprender lenguas, aprendió ésta de los nutabaes y tahamies, que toda era una, y la hablaba con tanta perfección y elegancia como el más ladino cacique, con que los indios lo estimaban mucho...”; Fray Pedro Simón, op. cit., t. VI, p. 58.

⁷⁶ A propósito de los relatos cortos en la obra de Oviedo Louise Bénat destacó que con finales como este los cronistas disolvían el dramatismo de acontecimientos dominados por el caos, –como sería el caso de la muerte de Valdivia: “...el relato ofrece también una resolución de las tensiones coloniales distribuyendo al final los puestos que corresponden a unos y a los otros para estabilizar una situación de confusión y desarreglo.”; Louise Bénat Tachot, op. cit., p. 109.

indígenas de servicio -un eufemismo para referirse a la población que había sido forzada a trabajar en las casas de los españoles-, conservaban sus lenguas y por ello cada vivienda era una pequeña Babel en la que los peninsulares quedaban excluidos de gran parte de las historias y de la información que cotidianamente intercambiaban sus criados con los indígenas de las otras casas y con los que abastecían de alimentos a las poblaciones o que simplemente llegaban a esta huyendo de sus lugares de origen o como *piezas* tomadas en las jornadas del Chocó. Sólo con el arribo de más mujeres españolas las casas fueron perdiendo lentamente su fuerte sello indígena, aunque ello no ocurrió por completo porque en el siglo XVII las mujeres españolas casadas con los nietos mestizos o blancos de los primeros vecinos demostraban su poder y rango precisamente por el hecho de estar al frente de hogares servidos por una pequeña corte de esclavos negros y de sirvientes nativos de ambos sexos. Estos últimos eran llevados desde las encomiendas por temporadas para servir en las casas españolas en donde se esperaba que se fueran haciendo ladinos. Tal vez porque el brillo del oro sigue siendo tan atractivo para los investigadores contemporáneos como lo fue para los encomenderos del siglo XVI, las condiciones de la convivencia cotidiana de los indígenas con los españoles y con los esclavos de origen africano en estos hogares, en las haciendas, en las minas, y en sus pueblos permanecen ocultas tras las tablas de producción del metal precioso.

Finalmente, relatos como el de Sobze tienen el valioso mérito de recordarnos que la conquista fue más que el choque del acero y de la macana, y que las amenazas de los viejos mohanes del Cauca contra los nuevos dioses tenían resonancias casi imperceptibles con la música que animaba a los enfermos del mal de la danza en el mundo incaico.

BIBLIOGRAFIA

Abreviaturas

A. H. A. Archivo Histórico de Antioquia

A. G. N. Archivo General de la Nación

Fuentes Impresas

“Carta del Adelantado Belalcázar al Emperador Cali 20 de diciembre de 1544” En: *Revista Cespedesia*. N° 51-52. Vol. XIV. Cali Enero – diciembre de 1985

“Relación de algunos pueblos de la gobernación de Popayán. 1539-154”. En *Revista Cespedesia*. N° 51-52. Vol. XIV Cali Enero-diciembre de 1985.

“Relación de Popayán y del Nuevo Reino. 1559-1560.” En *Cespedesia* Nos. 45-46. Cali: Enero-junio de 1983.

BRY, Teodoro de. *América (1590-1634)*. Edición a cargo de Gereon Sievernich. Madrid: Siruela, 1994. (3ª edición)

CASTELLANOS, Juan de. *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Gerardo Rivas Moreno, Editor. Cali. Fundación FICA, 1997.

CIEZA DE LEÓN, Pedro de. *Obras Completas. I. La Crónica del Perú. Las Guerras Civiles Peruanas*. Edición crítica. Notas, comentarios e índices, Estudios y documentos adicionales por Carmelo Saenz de Santa María. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas – Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. 1984.

FRIEDE, Juan. *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada*. Tomo IV 1560-1562. Bogotá. Biblioteca Banco Popular, 1976.

GUILLÉN CHAPARRO, Francisco. “Memoria de los pueblos de la gobernación de Popayán y cosas y constelaciones que hay en ellos.” En *Cespedesia*. Nos. 45-46. Cali. Enero-junio de 1983

- HERRERA, Antonio de. *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Tomo I. Edición y estudio de M. Cuesta Domingo. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1991
- KONETZKE, Richard. *Colección de Documentos para la Historia de la Formación Social de Hispanoamérica. Volumen 1 (1493-1592)*. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953
- LÓPEZ MEDEL, Tomás. *De los tres elementos, aire, agua y tierra, en que se trata las cosas que en cada uno dellos acerca de las occidentales indias naturaleza engendra y produce comunes con los de acá y particulares de aquel nuevo mundo*. Edición y notas de Victor Patiño. En: *Revista Cespedesia*. Vol XI. Cali Junio- diciembre de 1982. Nos. 43-44.
- LÓPEZ MEDEL, Tomás. *Visita de la Gobernación de Popayán. Libro de Tributos (1558-1559)*. Edición de Berta Ares. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricos/Departamento de Historia de América, 1989.
- OVIEDO, Gonzalo Fernández de. *Historia General y Natural de las Indias*. Edición y Estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso. Madrid: Ediciones Atlas, 1992.
- SIMÓN, Fray Pedro. *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Tomo V. Bogotá. Biblioteca Banco Popular, 1981
- SAHAGÚN, Fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*, 1. Madrid Alianza Universidad, 1988.
- SEPÚLVEDA, Juan Ginés de. *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987
- TOVAR PINZÓN, Hermes. *Relaciones y Visitas a los Andes. S. XVI*. Bogotá: Colcultura-Instituto de Cultura Hispánica, 1993. Tomo I.
- TOVAR PINZÓN, Hermes. *Relaciones y Visitas a los Andes. S. XVI. Tomo IV. Región del Alto Magdalena*. Bogotá. Colcultura-Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1995.
- TOVAR PINZÓN, Hermes. Transcripción e introducción. *No hay Caciques Ni Señores. Relaciones y Visitas a los naturales de América. Siglo XVI*. Barcelona. Ediciones Sendai, 1988.

VARGAS MACHUCA, Bernardo de. *Apologías y Discursos de las Conquistas Occidentales*. [1612] Edición y estudio preliminar de María Luisa Martínez de Salinas Alonso. Junta de Castilla y León: Consejería de Cultura y Turismo, 1993.

VÁZQUEZ DE ESPINOSA, Gregorio. *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*. [1629]. Washington: Smithsonian Institution, 1948.

Fuentes Secundarias

ACEVEDO LATORRE, Eduardo. *Atlas de Mapas Antiguos de Colombia. Siglos XVI a XIX*. Bogotá: Litografía Arco, 1997 (cuarta edición).

AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo. *Magia y Medicina. El proceso de aculturación en la estructura colonial*. México: Instituto Nacional Indigenista, 1963, pp. 76-77

BERNAND, Carmen y Serge Gruzinski. *Historia del Nuevo Mundo. Tomo II. Los mestizajes, 1550-1640*. México: F.C.E, 1999, pp. 107-196.

BERNAND, Carmen. “Milenarioismos incas: Construcciones nacionales y republicanas” En: Adeline Rucquoi, José Emilio Burucúa et. al. *En Pos del Tercer Milenio. Apocalíptica, Mesianismo, Milenarioismo e Historia* Salamanca: Universidad de Salamanca, 1999.

BOCCARA, Guillaume. “Mundos Nuevos en las fronteras del Nuevo Mundo. Relectura de los procesos coloniales de etnogénesis, etnificación y mestizaje en tiempos de globalización.” CNRS-CERMA. E-Review. UMR 8565 Nuevo Mundo, mundos nuevos. 2001.

BRAVO GUERREIRA, María Concepción. “Milenarioismo y resistencia cultural en la historia de los pueblos andinos.” En: Adeline Rucquoi, José Emilio Burucúa et. al. *En Pos del Tercer Milenio. Apocalíptica, Mesianismo, Milenarioismo e Historia*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1999, p. 167

CERVANTES, Fernando. *El diablo en el Nuevo Mundo. El impacto del diabolismo a través de la colonización de Hispanoamérica*. Barcelona: Herder, 1996.

- COOK, Noble David. “El impacto de las enfermedades en el mundo andino del siglo XVI.” En *Histórica*. Volumen XXIII, N° 2. Diciembre 1999 Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- COOK, Noble David and W George Lovell. (editors) “*Secret Judgments of God*” *Old World Disease in Colonial Spanish America*. Norman: University of Oklahoma Press, 1992.
- COOK, Noble David. “Epidemias y dinámica demográfica” en: **Historia General de América Latina. II. El primer contacto y la formación de nuevas sociedades**. Director del volumen, Franklin Pease. Ediciones UNESCO / Editorial TROTTA, 2000.
- DUQUE, Marcela e Iván Darío Espinoza. *Historia y cultura de la población Nutabe en Antioquia*. Tesis de grado. Universidad de Antioquia. Departamento de Antropología, 1994
- DUVERGER, Christian. *La conversión de los indios de la Nueva España. Con el texto de los Coloquios de los Doce de Bernardino de Sahagún. (1564)* Quito: Ediciones ABYAYALA, 1990,
- HERRERA ANGEL, Marta. “Desaparición de poblados caribeños en el siglo dieciséis.” En *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. 34, enero diciembre 1998.
- JARAMILLO MEJÍA, William. *Antioquia bajo los Austrias*. 2 tomos. Santafé de Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1996.
- JARAMILLO, Luis Gonzalo. “Guerra y canibalismo en el valle del río Cauca en la época de la conquista española.” En *Revista Colombiana de Antropología*. Volumen XXXII, Bogotá, 1995.
- JOHNSON, Lyman L. and Sonya Lipsett-Rivera. (editors) *The faces of honor. Sex, shame and violence in colonial Latin América*. Albuquerque: University of New México Press, 1998
- BÉNAT TACHOT, Louise. “El relato corto en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernandez de Oviedo.” En Karl Kohut y Sonia V. Rose (eds.) *La formación de la cultura virreinal. I La etapa inicial*. Madrid: Iberoamericana – Frankfurt am Maim Vervuert, 2000.
- LOCKHART, James. . “La formación de la sociedad hispanoamericana”. En **Historia General de América Latina. II. El primer contacto y la formación de nuevas**

- sociedades.** Director del volumen, Franklin Pease. Ediciones UNESCO / Editorial TROTTA, 2000.
- LORANDI, Ana María. “Sudamérica Oriental” En **Historia General de América Latina. II. El primer contacto y la formación de nuevas sociedades.** Director del volumen, Franklin Pease. Ediciones UNESCO / Editorial TROTTA, 2000.
- MIGNOLO, Walter. “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista.” En: Luis Íñigo Madrigal (Coordinador), *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I. Epoca Colonial.* Madrid: Cátedra, 1992
- MUNFORD, Jeremy. “The taki onqoy and the Andean Nation. Sources and interpretation”. In: *Latin American Research Review* Albuquerque: University of New México, 1998, Volume 33, Num. 1, pp. 150-163
- OTTE, Enrique. *Cartas privadas de emigrantes a Indias. 1540-1616.* México: F.C.E., 1993.
- RESTREPO, Luis Fernando. *Un Nuevo Reino Imaginado. Las Elegías de Varones Ilustres de Indias de Juan de Castellanos.* Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1999.
- ROBLEDO, Emilio. *Vida del Mariscal Jorge Robledo.* Bogotá. Editorial ABC, 1945.
- RUIZ RIVERA, Julián B. *Encomienda y mita en el Nuevo Reino de Granada.* Sevilla. Escuela de Estudios Hispano – Americanos. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1975.
- SEED, Patricia. *Ceremonies of possession in Europe's conquest of the New World. 1492-1640.* Cambridge: Cambridge University Press, 1998.
- SZEMISKI, Jan. “El mundo andino dominado por los «muertos rebeldes»” En, Miguel León-Portilla/Manuel Gutiérrez Estévez et. al. (eds.) *De palabra y obra en el Nuevo Mundo I. Imágenes interétnicas.* Madrid: Siglo XXI, 1992, p. 184.
- WACHTEL, Nathan. *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española. (1530-1570).* Madrid. Alianza Editorial, 1976.



ÍNDICE

Los vivos son sepultura de los muertos	1
Una isla de oro	15
Los mil forajidos	24
El señuelo del norte: San Juan de Rodas	28
Otello entre los Nutabes	43
El diluvio en el Cauca	50
Bibliografía	64